DILE AL PUEBLO QUE MARCHE

"EL LLAMADO DE DIOS A UNA IGLESIA QUE DEBE AVANZAR EN ESTA GENERACIÓN"

OSVALDO REBOLLEDA

DILE AL PUEBLO QUE MARCHE

"EL LLAMADO DE DIOS A UNA IGLESIA QUE DEBE AVANZAR EN ESTA GENERACIÓN"

OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa

rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.
No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.
Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.
Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.
Edición general: **EGE**
Revisión literaria: **Autores argentinos**
Revisión solo ortográfica **- IA**
Diseño de portada: **EGEAD**
Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción……5

PARTE I: EL PELIGRO DE DETENERSE

Capítulo uno:
¿Por qué clamas a mí?……...11
Capítulo dos:
Una generación detenida……..19
Capítulo tres:
Cuando el pueblo deja de conquistar……...27

PARTE II: EL FLUIR DEL ESPÍRITU NO SE DETIENE

Capítulo cuatro:
El Dios que siempre avanza……..36
Capítulo cinco:
Aprender del pasado sin vivir en el pasado……44
Capítulo seis:
No es la vara, es la unción……..52
Capítulo siete:
El libro de los Hechos no ha terminado……60
Capítulo ocho:
La prohibición de retroceder……69

PARTE III: EL LLAMADO A MARCHAR

Capítulo nueve:
Discerniendo lo que Dios hace hoy……...79
Capítulo diez:
Piedras en el río de Dios……87
Capítulo once:
El peligro de ser reemplazados……95
Capítulo doce:
Dile al pueblo que marche……...103

Conclusión ……...111

Reconocimientos……..118

Sobre el autor……...120

INTRODUCCIÓN

Vivimos en una generación que posee más recursos que ninguna otra en la historia de la Iglesia. Nunca antes el pueblo de Dios tuvo acceso a tanta información bíblica, tantas herramientas de capacitación, tantos medios de comunicación y tantas oportunidades para llevar el evangelio hasta los confines de la tierra.

Tenemos bibliotecas enteras al alcance de una pantalla, podemos escuchar predicaciones de cualquier parte del mundo en cuestión de segundos y contamos con una herencia espiritual acumulada durante veinte siglos de cristianismo. Sin embargo, en medio de toda esta abundancia surge una pregunta incómoda pero necesaria: ¿estamos avanzando realmente en el propósito de Dios o simplemente nos estamos moviendo sin avanzar?

Existe una diferencia enorme entre actividad y progreso. Un hombre puede correr durante horas sobre una cinta de ejercicios y terminar exactamente en el mismo lugar donde comenzó. Puede haber movimiento, esfuerzo y hasta cansancio, pero no necesariamente avance. Lo mismo puede suceder con la Iglesia. Podemos llenar calendarios, organizar reuniones, desarrollar programas, producir eventos y multiplicar actividades sin que ello implique que estamos avanzando hacia aquello que Dios desea para nuestra generación.

La historia bíblica nos muestra repetidamente que el mayor peligro para el pueblo de Dios no siempre fue la oposición externa. Muchas veces el verdadero problema fue la incapacidad de avanzar cuando Dios daba la orden de hacerlo. Hubo ocasiones en las que los enemigos estaban delante, pero el obstáculo más grande estaba dentro del corazón del propio pueblo. El temor, la incredulidad, la nostalgia del pasado, la comodidad o el apego a formas antiguas terminaron convirtiéndose en cadenas invisibles que impedían caminar hacia el futuro preparado por Dios.

El Señor nunca diseñó a su pueblo para vivir detenido. Desde el principio observamos que el Reino de Dios se mueve hacia adelante. La creación misma revela dinamismo, propósito y dirección. Dios llamó a Abraham para salir de su tierra. Llamó a Israel para salir de Egipto. Llamó a Josué para cruzar el Jordán. Llamó a los profetas para anunciar lo que vendría. Llamó a los discípulos a dejar sus actividades para seguirlo. Llamó a la Iglesia para dejar Jerusalén y avanzar hasta lo último de la tierra. Cada llamado divino contiene implícitamente una invitación a avanzar.

La Biblia no es simplemente el registro de personas que creyeron en Dios; es la historia de personas que caminaron con Dios. La fe auténtica nunca se reduce a aceptar ciertas verdades doctrinales. La fe bíblica produce movimiento. Cuando Dios habla, la fe responde avanzando. Cuando Dios abre una puerta, la fe cruza el umbral. Cuando Dios señala una dirección, la fe comienza a caminar.

Por eso resulta tan significativo que uno de los momentos más trascendentales de la historia de Israel ocurriera frente al mar Rojo. Allí se encontraba una nación recién liberada, atrapada entre el ejército más poderoso del mundo y una barrera aparentemente imposible de atravesar. Humanamente no había salida. Detrás venían los carros de Faraón. Delante se extendían las aguas. El pueblo clamaba. El miedo crecía. La desesperación dominaba el ambiente.

Fue entonces cuando Dios pronunció una de las declaraciones más impactantes de toda la Escritura:

"¿Por qué clamas a mí?
Di a los hijos de Israel que marchen."
Éxodo 14:15

Aquella palabra no fue solamente una orden para Israel. En cierto sentido representa un principio eterno del Reino de Dios. Hay momentos en los que Dios llama a su pueblo a orar, esperar y buscar dirección. Pero también existen momentos en los que la voluntad de Dios ya ha sido revelada y lo que Él espera es obediencia. Hay temporadas para recibir instrucciones y temporadas para ponerlas en práctica. Hay tiempos para permanecer quietos delante del Señor y tiempos para levantarse y avanzar.

Tengo la convicción de que la Iglesia contemporánea se encuentra nuevamente frente a un momento semejante. No porque estemos delante de un mar físico, sino porque enfrentamos desafíos inéditos, cambios culturales

acelerados, transformaciones sociales profundas y una generación que necesita desesperadamente escuchar la voz de Cristo. En medio de este escenario, el peligro más grande no es la dificultad del camino. El peligro más grande sería permanecer inmóviles.

Muchos creyentes sienten incertidumbre al observar los cambios de nuestro tiempo. Otros se refugian en la nostalgia de épocas pasadas. Algunos intentan repetir fórmulas que funcionaron décadas atrás. Otros se sienten paralizados por la magnitud de los desafíos presentes. Sin embargo, el Espíritu Santo continúa obrando. El Reino continúa avanzando. Los propósitos de Dios continúan desarrollándose en la tierra.

Este libro nace precisamente de esa convicción. No pretende despreciar el pasado ni minimizar la herencia recibida. Por el contrario, procuraremos honrar profundamente a aquellos hombres y mujeres que caminaron antes que nosotros y prepararon el terreno sobre el cual hoy servimos. Sin embargo, honrar el pasado no significa vivir atrapados en él. La verdadera honra consiste en recibir la herencia y continuar la obra.

A lo largo de estas páginas estudiaremos cómo Dios ha guiado a su pueblo a través de distintas etapas de la historia redentora. Observaremos el peligro de la inmovilidad espiritual, la importancia de discernir el fluir del Espíritu Santo y la responsabilidad que cada generación tiene delante de Dios. Veremos que el Reino no es un monumento que

debe ser admirado desde la distancia, sino una realidad viva en la cual somos llamados a participar activamente.

No estamos aquí para custodiar cenizas, estamos aquí para mantener vivo el fuego. No fuimos llamados simplemente a recordar lo que Dios hizo, fuimos llamados a colaborar con lo que Dios está haciendo. No somos espectadores de la historia del Reino, sino que somos participantes de ella.

Quizás mientras lean estas páginas el Espíritu Santo les muestre áreas donde se han detenido. Tal vez descubran temores que los han limitado, tradiciones que han restringido la visión, o comodidades que han reducido el compromiso con la misión de Cristo. Si eso ocurre, no cierren el corazón. Permitan que la Palabra los desafíe. Permitan que el Espíritu Santo los impulse. Permitan que Dios vuelva a despertar el deseo de marchar.

Porque al final de cuentas, la gran pregunta no será cuánto conocimos acerca del Reino, sino cuánto caminamos con el Rey. Y tal vez, en medio de esta generación tan compleja como decisiva, la voz del Señor siga resonando con la misma claridad que aquella noche junto al mar: ***"Dile al pueblo que marche."***

PARTE I

EL PELIGRO DE DETENERSE

Capítulo uno

¿POR QUÉ CLAMAS A MÍ?

"Entonces Jehová dijo a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que marchen."
Éxodo 14:15

Existen momentos en la historia de la redención que parecen condensar en un solo instante principios espirituales que trascienden generaciones enteras. Escenas que, aunque ocurrieron hace miles de años, continúan hablándonos con una vigencia sorprendente.

El episodio del cruce del Mar Rojo es uno de esos momentos. Allí no solamente encontramos la liberación de una nación esclava, sino también una revelación profunda acerca de cómo Dios conduce a su pueblo y de la responsabilidad que este tiene cuando recibe una palabra divina.

Israel acababa de experimentar uno de los milagros más extraordinarios registrados en las Escrituras. Después de siglos de esclavitud bajo el poder de Egipto, el Señor había intervenido con brazo fuerte para quebrar la resistencia de

Faraón. Las plagas habían demostrado la superioridad absoluta de Jehová sobre los dioses de Egipto. La sangre del cordero había protegido a las familias hebreas durante la noche de la Pascua. Finalmente, el pueblo había salido de la tierra de servidumbre llevando consigo las riquezas de sus antiguos opresores.

Todo parecía indicar que el camino hacia la libertad sería sencillo a partir de ese momento. Sin embargo, Dios no condujo a Israel por la ruta más fácil. Como ocurre tantas veces en nuestra propia experiencia, el camino de la obediencia no siempre coincide con el camino de la comodidad. Las Escrituras declaran:

"Y luego que Faraón dejó ir al pueblo, Dios no los llevó por el camino de la tierra de los filisteos, que estaba cerca; porque dijo Dios: Para que no se arrepienta el pueblo cuando vea la guerra, y se vuelva a Egipto."
Éxodo 13:17

El Señor conocía el corazón de su pueblo. Sabía que todavía necesitaban aprender a confiar en Él. Sabía que la libertad exterior había llegado antes que la libertad interior. Egipto había salido de alrededor de ellos, pero todavía debía salir de dentro de ellos.

Por eso Dios los condujo hacia una situación que humanamente parecía absurda. Delante tenían el mar. A un lado las montañas. Al otro lado el desierto. Detrás se acercaba el ejército egipcio dispuesto a recuperarlos. Aquella posición

parecía una trampa. Desde la lógica humana, la dirección de Dios los había llevado a un callejón sin salida, pero es precisamente en esos momentos cuando la verdadera condición espiritual del corazón sale a la luz.

Cuando los israelitas vieron aproximarse a los egipcios, el temor se apoderó de ellos. La confianza desapareció rápidamente. Los milagros recientes parecían haber sido olvidados. El Dios que había derrotado a Egipto con señales extraordinarias ahora era visto como incapaz de resolver el problema presente. El relato bíblico describe la reacción del pueblo:

"Y dijeron a Moisés: ¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto?"
Éxodo 14:11

La incredulidad siempre exagera los problemas y minimiza la fidelidad de Dios. Cuando el miedo gobierna el corazón, la memoria espiritual comienza a deteriorarse. El pueblo que había cantado de alegría por su liberación ahora deseaba regresar al lugar de su esclavitud. La presión del momento reveló que todavía existían cadenas invisibles que debían ser quebradas.

No debemos juzgar demasiado rápido a Israel, porque muchas veces nosotros actuamos de manera semejante. Resulta relativamente fácil confiar cuando las circunstancias son favorables y los milagros son evidentes. El verdadero desafío aparece cuando el camino se vuelve incierto, cuando

las respuestas no llegan con la velocidad que esperamos y cuando la dirección de Dios parece conducirnos hacia escenarios que no comprendemos.

Sin embargo, aun en medio de la crisis, Dios estaba obrando conforme a un propósito superior. Lo que para Israel parecía una catástrofe, para Dios era una oportunidad para revelar una dimensión más profunda de Su gloria. Moisés respondió al temor del pueblo con una de las declaraciones más conocidas del Antiguo Testamento:

"No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros."
Éxodo 14:13

Aquellas palabras eran necesarias. El pueblo necesitaba ser fortalecido. Necesitaba recordar quién era el Dios que había prometido libertarlos. Necesitaba levantar la mirada por encima de las circunstancias. Pero inmediatamente después ocurre algo sorprendente. Mientras Moisés clamaba al Señor, Dios le respondió con una pregunta inesperada:

"¿Por qué clamas a mí?
Di a los hijos de Israel que marchen."
Éxodo 14:15

Esta declaración contiene una de las lecciones más importantes para la Iglesia de todos los tiempos, por eso determiné desarrollar la enseñanza que dio vida a este libro.

No era incorrecto orar. La oración siempre ocupa un lugar central en la vida del pueblo de Dios. El problema no era la oración en sí misma. El problema era que el momento requería algo más que oración. Dios ya había hablado. Dios ya había prometido. Dios ya había manifestado Su voluntad. Ahora era tiempo de actuar conforme a lo que Él había dicho.

Existe una forma de espiritualidad que utiliza la oración para evitar la obediencia. Personas que permanecen esperando nuevas confirmaciones cuando Dios ya ha revelado claramente Su voluntad. Creyentes que continúan preguntando qué deben hacer mientras ignoran aquello que el Señor ya les ordenó. Iglesias que esperan señales adicionales cuando poseen una abundancia de dirección bíblica.

La oración jamás fue diseñada para reemplazar la obediencia. La verdadera oración produce obediencia. Cuando la voluntad de Dios ha sido revelada, el siguiente paso no consiste en pedir nuevas instrucciones, sino en caminar conforme a las instrucciones recibidas.

Esta tensión aparece repetidamente a lo largo de las Escrituras. Abraham recibió una palabra y tuvo que salir de su tierra. Josué recibió una promesa y tuvo que cruzar el Jordán. Pedro recibió una orden y tuvo que bajar de la barca. Los discípulos recibieron una comisión y tuvieron que ir por todo el mundo.

La fe bíblica nunca permanece inmóvil. La fe avanza, camina, responde, se mueve en dirección a la palabra recibida. Por eso el mandato divino fue tan sencillo como contundente: ¡Marchen!

No era tiempo de retroceder hacia Egipto. No era tiempo de construir campamentos permanentes junto al mar. No era tiempo de rendirse ante las circunstancias. Era tiempo de avanzar.

Desde una perspectiva humana, la orden parecía irracional. ¿Cómo podía avanzar una multitud hacia un mar que bloqueaba completamente el camino? Precisamente allí radica una de las características fundamentales de la fe. La obediencia no se basa en la visibilidad del camino, sino en la confiabilidad de quien lo ordena.

Dios no siempre revela todos los detalles antes de pedirnos que demos el primer paso. Muchas veces el milagro comienza a manifestarse después de la obediencia. Israel quería ver el mar abierto para comenzar a caminar. Dios quería que caminaran confiando en que Él abriría el mar.

Este principio continúa vigente para la Iglesia de nuestra generación. Con frecuencia pedimos que Dios nos muestre cada detalle del futuro antes de comprometernos con Su propósito. Queremos garantías absolutas, certezas completas y explicaciones exhaustivas. Sin embargo, el Reino funciona sobre la base de la confianza en el carácter de Dios.

El Señor no está buscando espectadores de sus promesas, sino que está buscando participantes de sus propósitos. Muchos creyentes pasan años esperando condiciones ideales para servir, evangelizar, discipular o responder a un llamado divino. Esperan que desaparezcan todos los obstáculos, que se resuelvan todas las dudas y que cada circunstancia sea favorable. Pero la historia bíblica demuestra que Dios suele obrar precisamente cuando Su pueblo decide avanzar en medio de la incertidumbre.

El mar no se abrió mientras Israel discutía, no se abrió mientras Israel se quejaba, no se abrió mientras Israel recordaba Egipto. El mar se abrió cuando llegó el momento de obedecer. Lo mismo sucede hoy. Existen bendiciones que solo pueden experimentarse en movimiento. Hay revelaciones que aparecen durante el camino. Hay milagros que esperan al otro lado de la obediencia.

La Iglesia contemporánea necesita redescubrir este principio. Hemos recibido la Palabra. Hemos recibido el Espíritu Santo. Hemos recibido la comisión de Cristo. Hemos recibido la herencia de siglos de testimonio cristiano. No carecemos de dirección. No carecemos de promesas. No carecemos de recursos espirituales.

La pregunta no es si Dios ha hablado, la pregunta es si estamos dispuestos a marchar. Quizás la mayor tragedia espiritual no sea ignorar la voluntad de Dios, sino conocerla y permanecer inmóviles. El Reino avanza. Los propósitos de

Dios continúan desarrollándose en la tierra. El Espíritu Santo sigue obrando. Cristo sigue edificando Su Iglesia.

Y mientras el cielo continúa avanzando en el cumplimiento de los propósitos eternos, la misma voz que resonó junto al Mar Rojo sigue escuchándose a través de las generaciones. Creo que todos los que tenemos la responsabilidad de comunicar el mensaje del evangelio del Reino, deberíamos reaccionar, porque Dios continúa diciendo: ***"¿Por qué claman a mí?... díganle al pueblo que marche…"***

Capítulo dos

UNA GENERACIÓN DETENIDA

"Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo."
Efesios 5:14

Una de las estrategias más efectivas del enemigo nunca ha sido destruir completamente al pueblo de Dios, sino lograr que pierda impulso. Satanás sabe que una Iglesia llena del Espíritu Santo, comprometida con la misión de Cristo y consciente de su identidad en el Reino representa una amenaza constante para las tinieblas. Por eso, muchas veces no busca apagar totalmente el fuego, sino reducirlo a una llama controlada; no intenta necesariamente eliminar la actividad espiritual, sino vaciarla de propósito; no procura siempre que la Iglesia abandone su fe, sino que se conforme con una versión cómoda y estéril de ella.

A lo largo de la historia bíblica observamos que el pueblo de Dios enfrentó numerosos enemigos externos, pero también peligros internos que resultaron igualmente

destructivos. Hubo ocasiones en las que la amenaza provenía de ejércitos extranjeros, de persecuciones o de sistemas opresivos. Sin embargo, en otros momentos el problema surgió desde dentro: la apatía, la conformidad, la pérdida de visión y el olvido del propósito divino.

Estos enemigos invisibles suelen ser más peligrosos porque actúan silenciosamente, sin generar alarmas inmediatas. Lamentablemente la Iglesia de nuestro tiempo enfrenta precisamente uno de esos peligros.

Vivimos en una generación extraordinariamente ocupada. Las agendas están llenas. Las actividades se multiplican. Los calendarios ministeriales se encuentran saturados. Existen reuniones para casi todo, eventos para todas las edades, conferencias, congresos, campañas, seminarios, transmisiones en línea, redes sociales, producciones audiovisuales y una cantidad de recursos impensables para generaciones anteriores.

Sin embargo, en medio de toda esta actividad surge una pregunta necesaria: ¿estamos avanzando realmente en el propósito de Dios o simplemente estamos ocupados?

La actividad por sí misma nunca ha sido evidencia de salud espiritual. El movimiento no siempre significa progreso. Un barco puede tener sus motores funcionando al máximo y aun así permanecer anclado. Del mismo modo, una iglesia puede desarrollar numerosas actividades y continuar estancada espiritualmente.

El problema no es trabajar para Dios. El problema aparece cuando la actividad reemplaza la dirección divina. Cuando los programas se convierten en el centro de nuestra atención y olvidamos que el verdadero objetivo es cooperar con el avance del Reino.

Jesús nunca llamó a sus discípulos simplemente a mantenerse ocupados. Los llamó a seguirle. Existe una diferencia enorme entre ambas cosas. La ocupación puede llenarnos de tareas; el seguimiento nos conduce hacia el propósito eterno de Dios.

En ocasiones, las iglesias desarrollan estructuras tan complejas que terminan consumiendo la mayor parte de sus energías en sostenerlas. Los esfuerzos se concentran en mantener funcionando sistemas, tradiciones y actividades que alguna vez tuvieron sentido, pero que con el paso del tiempo se transformaron en fines en sí mismos. Lo que originalmente era un medio para cumplir la misión termina reemplazando la misión.

Este fenómeno no es nuevo. En los días de Jesús, gran parte del liderazgo religioso se encontraba atrapado en una dinámica semejante. Existía actividad religiosa abundante. Había celebraciones, rituales, observancias y una intensa dedicación al sistema establecido. Sin embargo, cuando el Mesías apareció en medio de ellos, muchos fueron incapaces de reconocerlo. La actividad religiosa no había producido sensibilidad espiritual. Por eso Jesús dijo:

"Este pueblo de labios me honra;
mas su corazón está lejos de mí."
Mateo 15:8

Aquellas palabras siguen siendo una advertencia para nosotros. Es posible mantener una apariencia de vitalidad mientras el corazón pierde contacto con el propósito de Dios. Es posible conservar estructuras religiosas sin conservar la pasión por el Reino.

Otro de los síntomas de una generación detenida es la tendencia a confundir entretenimiento con transformación espiritual. Vivimos en una cultura profundamente influenciada por el consumo. La sociedad moderna ha sido entrenada para buscar constantemente nuevas experiencias, nuevas sensaciones y estímulos permanentes. Esta mentalidad inevitablemente intenta infiltrarse también en la vida de la Iglesia.

Poco a poco puede surgir la expectativa de que las reuniones existan principalmente para satisfacer preferencias personales. La congregación deja de verse como un ejército en misión y comienza a comportarse como una audiencia que espera ser entretenida.

Sin darnos cuenta, el énfasis se desplaza. La pregunta ya no es: "¿Qué quiere hacer Dios a través de nosotros?" La pregunta se convierte en: "¿Qué puede ofrecernos esta reunión?" Pero el evangelio nunca fue diseñado para producir consumidores espirituales.

Jesús no llamó espectadores, llamó discípulos. No llamó clientes, sino que llamó seguidores. No llamó asistentes, sino que llamó obreros. El Reino de Dios no avanza mediante creyentes que observan desde las gradas. Avanza mediante hombres y mujeres que asumen su responsabilidad dentro del propósito divino.

A esta realidad se suma otro desafío característico de nuestro tiempo: "el impacto de la cultura digital". La tecnología es una herramienta extraordinaria cuando se utiliza correctamente. Gracias a ella el evangelio puede alcanzar lugares antes inaccesibles. La enseñanza bíblica puede difundirse a escala global. La comunicación entre creyentes puede fortalecerse. Sería injusto ignorar las enormes oportunidades que Dios ha permitido mediante estos avances. Sin embargo, toda herramienta también presenta riesgos.

La cultura digital ha creado hábitos que pueden afectar profundamente la vida espiritual. Vivimos rodeados de información instantánea, respuestas rápidas y gratificación inmediata. La capacidad de permanecer en silencio, meditar profundamente en las Escrituras y perseverar en procesos prolongados se encuentra bajo constante presión.

Muchos creyentes consumen enormes cantidades de contenido cristiano sin desarrollar una relación más profunda con Cristo. Escuchan mensajes, observan transmisiones, leen publicaciones y acumulan información espiritual, pero el

conocimiento adquirido no siempre se traduce en obediencia práctica.

La información no necesariamente produce transformación, los fariseos poseían información, los escribas poseían información. Sin embargo, Jesús les dijo:

"Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí."
Juan 5:39

El objetivo de la verdad nunca fue simplemente llenar la mente, sino conducirnos hacia una relación más profunda con Cristo y una participación más activa en Su misión. Existe además una comodidad espiritual que puede desarrollarse silenciosamente en el corazón del pueblo de Dios.

Después de muchos años de libertad religiosa, abundancia de recursos y estabilidad institucional, algunas iglesias corren el riesgo de perder la conciencia de que fueron llamadas para una misión sobrenatural. La comodidad produce una ilusión peligrosa: la sensación de que las cosas pueden continuar indefinidamente tal como están.

Pero el Reino nunca ha sido construido por personas acomodadas. Abraham tuvo que salir de su tierra y de su parentela. Moisés tuvo que regresar a Egipto, aun cuando su vida ya estaba acomodada a su familia. Nehemías tuvo que

reconstruir los muros aunque tal vez no fue lo más cómodo para él. Por su parte, los apóstoles tuvieron que desenfocarse de sus proyectos de vida para seguir a Jesús.

La historia de la redención siempre ha sido escrita por hombres y mujeres que respondieron al llamado de Dios abandonando la seguridad de lo conocido para abrazar la voluntad divina.

Cuando la comodidad gobierna el corazón, la visión comienza a disminuir. Dejamos de percibir la urgencia de la misión. Perdemos sensibilidad hacia las necesidades espirituales de quienes nos rodean. La pasión evangelística se debilita. El discipulado deja de ser una prioridad. El crecimiento del Reino es reemplazado por la preservación de estructuras.

Sin embargo, Dios jamás llamó a Su Iglesia únicamente a conservar lo que ya existe. La llamó a avanzar, a conquistar, a extender el gobierno de Cristo mediante la proclamación del evangelio y la formación de discípulos.

Quizás uno de los indicadores más preocupantes de una generación detenida sea precisamente la pérdida del sentido de urgencia. Cuando olvidamos que millones de personas necesitan conocer a Cristo, cuando dejamos de sentir el peso de la Gran Comisión, cuando nuestras preocupaciones internas ocupan todo el espacio de nuestra atención, comenzamos a alejarnos del corazón mismo del Señor. Tal vez por eso dijo:

"Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega."
Juan 4:35

Los campos continúan blancos. La necesidad continúa siendo enorme. El llamado continúa vigente. La misión no ha terminado. Por eso este libro no pretende condenar a la Iglesia, sino despertarla. No busca generar desánimo, sino provocar una renovación de visión. No procura señalar errores desde la distancia, sino invitar al pueblo de Dios a reencontrarse con el impulso del Espíritu Santo.

Porque la buena noticia es que Dios nunca abandona a un pueblo detenido. El mismo Señor que habló a Israel frente al Mar Rojo sigue hablando hoy. El mismo Espíritu que impulsó a la Iglesia primitiva sigue obrando hoy. El mismo Cristo que edificó Su Iglesia hace dos mil años continúa edificándola hoy.

Y si tenemos oídos para escuchar, podremos percibir nuevamente Su voz llamándonos a dejar atrás la pasividad, abandonar la comodidad y recuperar el movimiento del Reino. Porque una Iglesia que vuelve a escuchar la voz de Dios jamás permanecerá detenida por mucho tiempo.

Capítulo tres

CUANDO EL PUEBLO DEJA DE CONQUISTAR

"Pero mi siervo Caleb, por cuanto hubo en él otro espíritu, y decidió ir en pos de mí, yo le meteré en la tierra donde entró, y su descendencia la tendrá en posesión."
Números 14:24

Si el episodio del Mar Rojo nos enseña el peligro de quedar paralizados frente a los obstáculos, la experiencia de Cades-Barnea nos revela una tragedia aún mayor: la posibilidad de llegar a las puertas mismas de la promesa y aun así negarnos a entrar.

Hay momentos en la historia bíblica que producen una profunda sensación de asombro porque muestran con claridad cuánto puede perder una generación cuando permite que el temor gobierne por encima de la fe. Cades-Barnea fue uno de esos momentos.

Allí no fracasó el poder de Dios. No faltaron las promesas divinas. No hubo escasez de dirección ni ausencia

de señales. Lo que ocurrió fue algo mucho más serio: un pueblo que había sido libertado de Egipto perdió el deseo de avanzar hacia el futuro que Dios había preparado para él.

La escena resulta impactante porque Israel había recorrido un largo camino para llegar hasta ese punto. Había visto las plagas caer sobre Egipto. Había experimentado la protección de la sangre del cordero. Había atravesado el Mar Rojo en seco mientras las aguas se levantaban como muros a ambos lados.

Había sido alimentado sobrenaturalmente en el desierto y había contemplado diariamente la nube y la columna de fuego guiando sus pasos. Pocas generaciones en la historia tuvieron el privilegio de presenciar semejante manifestación del poder de Dios. Sin embargo, todas aquellas experiencias extraordinarias no produjeron automáticamente un corazón dispuesto a conquistar.

Muchas veces suponemos que los milagros resuelven todos los problemas espirituales, pero la Escritura demuestra que la fe madura no nace simplemente de observar las obras de Dios, sino de aprender a confiar en Su carácter.

Israel había visto milagros, pero todavía luchaba con una mentalidad de esclavitud. Había salido de Egipto físicamente, pero Egipto seguía ejerciendo influencia sobre su forma de pensar. Por eso, cuando llegaron al límite de la tierra prometida y escucharon el informe de los espías, quedó expuesta la verdadera condición de sus corazones.

El relato de **Números 13 y 14** constituye uno de los pasajes más solemnes de todo el Antiguo Testamento. Después de explorar la tierra, los espías regresaron confirmando que Dios había dicho la verdad. La tierra era buena. Fluía leche y miel. Sus frutos eran abundantes. La promesa era real. Sin embargo, diez de ellos enfocaron toda su atención en las dificultades que encontrarían para poseerla. Hablaron de ciudades fortificadas, de pueblos poderosos y de gigantes que habitaban aquella región. El problema no era que esas dificultades no existieran; el problema era que comenzaron a contemplarlas separadas de la promesa de Dios.

La incredulidad rara vez niega completamente la realidad espiritual. Su estrategia suele ser más sutil. Consiste en magnificar los obstáculos hasta que parecen más grandes que la fidelidad de Dios. El pueblo escuchó a aquellos hombres y permitió que el temor reemplazara la confianza.

Lo que había comenzado como un informe terminó convirtiéndose en una atmósfera colectiva de derrota. En pocas horas, una nación que estaba a punto de recibir su herencia comenzó a hablar como si ya hubiera sido vencida. Las palabras registradas por las Escrituras revelan la profundidad de aquella crisis espiritual:

"¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada, y que nuestras mujeres y nuestros niños sean por presa? ¿No nos sería mejor volvernos a Egipto?"
Números 14:3

Aquella pregunta expuso una realidad alarmante. Cuando una generación pierde la visión del propósito de Dios, comienza inevitablemente a idealizar el lugar del cual fue rescatada. Egipto había sido una tierra de esclavitud, opresión y sufrimiento. Sin embargo, bajo la influencia del temor, el pueblo comenzó a recordar el pasado de una manera distorsionada. Lo que antes representaba cautividad ahora parecía seguridad. Lo que antes simbolizaba opresión ahora parecía estabilidad.

Este fenómeno no pertenece únicamente a la historia antigua. La Iglesia también puede experimentar algo semejante cuando pierde el impulso espiritual para avanzar. Cada vez que el pueblo de Dios deja de mirar hacia el futuro del Reino, surge la tentación de refugiarse en lo conocido.

Aparece el deseo de regresar a métodos que ofrecen seguridad emocional, a estructuras familiares o a experiencias pasadas que ya no representan la dirección actual del Espíritu Santo. La nostalgia comienza a ocupar el lugar que debería pertenecer a la fe.

Por esta razón, la verdadera batalla de Cades-Barnea no era militar. No se libraba contra gigantes ni contra ciudades fortificadas. Era una batalla por la percepción espiritual. Dios ya había declarado Su intención de entregar la tierra. La cuestión era si el pueblo estaba dispuesto a creerle.

En medio de aquella multitud dominada por el temor surgieron dos voces diferentes. Josué y Caleb contemplaron exactamente los mismos gigantes, recorrieron las mismas ciudades y observaron los mismos desafíos. No poseían información distinta al resto de los espías. La diferencia radicaba en la forma en que interpretaban la realidad. Mientras los demás observaban los obstáculos a través de la lente del miedo, ellos contemplaban los obstáculos a través de la promesa de Dios. Caleb expresó esta convicción con palabras memorables:

"Subamos luego, y tomemos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos."
Números 13:30

Aquella declaración no era producto del optimismo humano. Caleb no estaba ignorando las dificultades. Tampoco estaba negando la existencia de los gigantes. Su confianza descansaba en algo mucho más sólido: la certeza de que Dios sería fiel a Su palabra. La fe genuina no consiste en negar los problemas; consiste en creer que la fidelidad de Dios es mayor que cualquier problema.

Sin embargo, la mayoría decidió escuchar la voz del temor. Y allí ocurrió una de las tragedias más dolorosas registradas en la Biblia. Una generación entera perdió su oportunidad de entrar en la tierra prometida. No porque Dios hubiera cambiado de parecer, sino porque ellos rechazaron avanzar cuando llegó el momento de hacerlo.

Es importante comprender que el juicio divino sobre aquella generación no fue una reacción impulsiva. La gravedad de su pecado consistía en que habían resistido repetidamente la dirección de Dios. Habían visto Su poder una y otra vez. Habían recibido evidencia abundante de Su fidelidad. Sin embargo, cuando llegó el momento decisivo, eligieron confiar más en sus temores que en las promesas del Señor. Por esta razón Dios declaró:

"Todos los que vieron mi gloria y mis señales que he hecho en Egipto y en el desierto, y me han tentado ya diez veces, y no han oído mi voz, no verán la tierra."
Números 14:22 y 23

Estas palabras deben llevarnos a una profunda reflexión. Existe una diferencia entre ser parte del pueblo de Dios y participar plenamente de aquello que Dios desea hacer. Aquella generación experimentó milagros extraordinarios, pero nunca llegó a disfrutar la plenitud de la herencia que tenía delante. Fueron liberados de Egipto, pero no conquistaron Canaán. Salieron de la esclavitud, pero murieron en el desierto.

Quizás aquí encontramos una de las advertencias más relevantes para la Iglesia contemporánea. Es posible celebrar lo que Dios hizo en el pasado y aun así perder lo que desea hacer en el presente. Es posible conservar la memoria de antiguos avivamientos mientras se pierde la sensibilidad hacia la dirección actual del Espíritu. Es posible defender experiencias legítimas del ayer y, al mismo tiempo, resistirse

a caminar hacia los nuevos desafíos que Dios coloca delante de Su pueblo.

La historia de Cades-Barnea nos recuerda que el Reino de Dios siempre exige una respuesta de fe. Ninguna generación puede vivir únicamente de la obediencia de quienes la precedieron. Ninguna puede conquistar mediante recuerdos. Cada generación debe enfrentar su propio Jordán, sus propios gigantes y sus propios desafíos. Debe decidir si avanzará confiando en la fidelidad de Dios o si permanecerá atrapada en la seguridad aparente del desierto.

Mientras escribo estas líneas, no puedo evitar pensar en la enorme responsabilidad que recae sobre la Iglesia de nuestros días. Hemos recibido una herencia espiritual extraordinaria. Tenemos acceso a las Escrituras completas, a siglos de enseñanza cristiana, al testimonio de hombres y mujeres que sirvieron fielmente al Señor y, por encima de todo, contamos con la presencia permanente del Espíritu Santo. Sin embargo, toda esa riqueza será insuficiente si no existe disposición para avanzar cuando Dios abre una puerta delante de nosotros.

Las generaciones que transformaron la historia nunca fueron aquellas que simplemente admiraron las promesas divinas. Fueron aquellas que se atrevieron a caminar sobre ellas. Abraham salió sin saber adónde iba. Josué cruzó el Jordán en tiempo de crecida. David enfrentó a Goliat cuando nadie más estaba dispuesto a hacerlo. Los apóstoles llevaron

el evangelio hasta los confines del mundo conocido impulsados por la convicción de que Cristo había resucitado.

Todos ellos comprendieron una verdad fundamental: la voluntad de Dios no se descubre únicamente contemplándola desde la distancia; también debe ser abrazada mediante la obediencia.

Cades-Barnea quedó registrado en las Escrituras para que aprendamos una lección que sigue siendo tan relevante hoy como lo fue hace miles de años. El mayor peligro para el pueblo de Dios no siempre es el enemigo que tiene delante. Muchas veces el verdadero peligro es la decisión de detenerse cuando Dios ha ordenado avanzar. Porque cuando una generación deja de conquistar, tarde o temprano comienza a conformarse con el desierto, y el desierto jamás fue el destino que Dios preparó para Su pueblo.

PARTE II

EL FLUIR DEL ESPÍRITU NO SE DETIENE

Capítulo cuatro

EL DIOS QUE SIEMPRE AVANZA

"Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo."
Juan 5:17

Uno de los errores más comunes que pueden cometerse al estudiar las Escrituras consiste en observar los acontecimientos bíblicos como episodios aislados, desconectados entre sí, sin percibir el extraordinario hilo conductor que los une desde Génesis hasta Apocalipsis.

Cuando la Biblia se lee de esa manera, puede parecer una colección de historias, personajes, milagros y enseñanzas dispersas. Sin embargo, cuando contemplamos el conjunto de la revelación divina descubrimos algo mucho más profundo: detrás de cada acontecimiento existe un propósito eterno que avanza de manera constante a través de la historia.

La Biblia no es simplemente el registro de lo que Dios hizo en determinados momentos; es la narración de cómo Dios fue desarrollando progresivamente Su plan redentor

hasta culminar en Cristo y extender Su Reino por toda la tierra.

Desde las primeras páginas de las Escrituras encontramos a un Dios que obra, que llama, que dirige, que construye, que revela y que conduce la historia hacia el cumplimiento de Sus propósitos. Nunca aparece como un espectador pasivo de los acontecimientos humanos. Él gobierna, interviene y avanza.

Esta verdad resulta fundamental para comprender el llamado que la Iglesia recibe en cada generación. Si Dios fuera estático, Su pueblo podría conformarse con la inmovilidad. Si Su propósito consistiera simplemente en preservar lo ya alcanzado, bastaría con custodiar el pasado.

Pero el Dios revelado en las Escrituras jamás actúa de esa manera. Él permanece inmutable en Su naturaleza, en Su carácter y en Sus promesas, pero Sus propósitos avanzan constantemente hacia la meta que ha determinado desde antes de la fundación del mundo.

Aquí encontramos una distinción que debemos comprender con claridad. Cuando afirmamos que Dios siempre avanza, no estamos diciendo que Dios cambie. Las Escrituras son categóricas al declarar:

"Porque yo Jehová no cambio."
Malaquías 3:6

Asimismo, el escritor de Hebreos afirma:

"Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos."
Hebreos 13:8

Dios no evoluciona porque no necesita mejorar. No modifica Su carácter porque es perfecto. No corrige errores porque jamás se equivoca. Su santidad, Su justicia, Su amor, Su sabiduría y Su fidelidad permanecen eternamente inalterables. Sin embargo, precisamente porque Sus propósitos son perfectos, Él los desarrolla progresivamente dentro del tiempo y de la historia humana.

Podríamos compararlo con un arquitecto que posee en su mente el diseño completo de una gran construcción. El proyecto existe desde el principio, pero su ejecución avanza etapa tras etapa hasta alcanzar su culminación. De manera semejante, Dios conoce el final desde el principio y conduce todas las cosas hacia el cumplimiento de Su propósito eterno. El profeta Isaías registró esta declaración extraordinaria:

"Que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero."
Isaías 46:10

Esta perspectiva nos permite contemplar la historia bíblica desde una dimensión mucho más amplia. El jardín del Edén no fue el final del plan divino. La caída del hombre tampoco logró frustrarlo. Cuando el pecado ingresó en el

mundo, Dios comenzó inmediatamente a revelar Su propósito redentor. La promesa dada a la serpiente en **Génesis 3:15** se convirtió en el primer anuncio de una victoria futura. Desde ese momento, cada generación fue testigo de nuevas manifestaciones del desarrollo del plan divino.

Cuando Dios llamó a Abraham, no estaba simplemente bendiciendo a un hombre. Estaba dando un paso más en la ejecución de Su propósito eterno. La promesa que recibió el patriarca trascendía ampliamente los límites de su propia vida:

"Y serán benditas en ti todas las familias de la tierra."
Génesis 12:3

A través de Abraham comenzaría una historia que conduciría finalmente a la venida del Mesías. Lo que parecía una promesa personal formaba parte de un proyecto mucho más grande que alcanzaría a todas las naciones.

Posteriormente, cuando Dios levantó a Israel y lo liberó de Egipto, tampoco estaba actuando únicamente para resolver la opresión de un pueblo esclavo. Cada acontecimiento contribuía al avance de una revelación mayor. El tabernáculo, los sacrificios, el sacerdocio, las fiestas y las instituciones del Antiguo Pacto señalaban proféticamente hacia una realidad superior que habría de manifestarse plenamente en Cristo.

Por esta razón Jesús declaró a los líderes religiosos de Su tiempo:

"Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí."
Juan 5:39

Toda la revelación bíblica converge finalmente en la persona del Señor Jesucristo. Él no aparece como un elemento más dentro de la historia; aparece como el centro mismo de la historia. En Él alcanzan cumplimiento las promesas, las figuras, las profecías y las sombras que Dios había estado revelando durante siglos.

El apóstol Pablo expresa esta realidad con extraordinaria claridad cuando escribe:

"Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén."
2 Corintios 1:20

La venida de Cristo representa uno de los mayores avances en la historia de la redención. Lo que antes había sido anunciado mediante símbolos ahora se manifestaba en plenitud. Lo que los profetas contemplaron desde lejos ahora se encontraba delante de los ojos de los hombres. El Verbo eterno se hizo carne y habitó entre nosotros.

Sin embargo, ni siquiera la ascensión de Cristo marcó el final del avance del propósito divino. Después de Su resurrección, Jesús declaró:

"Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones."
Mateo 28:18 y 19

Aquellas palabras revelan que la obra redentora no debía permanecer confinada a un territorio ni a una generación. El Reino debía extenderse progresivamente hasta alcanzar los confines de la tierra. Por eso el libro de los Hechos no narra simplemente la historia de la Iglesia primitiva; describe el impulso continuo del Reino avanzando desde Jerusalén hacia Judea, Samaria y hasta lo último de la tierra.

Cuando observamos la historia desde esta perspectiva, comprendemos que Dios jamás tuvo la intención de que Su pueblo se instalara cómodamente en una etapa determinada de Su obrar. Cada fase de la revelación preparaba el camino para la siguiente. Cada avance abría la puerta a una manifestación más amplia de Su propósito.

Esta verdad explica por qué las grandes crisis espirituales de la Biblia suelen producirse cuando los hombres intentan aferrarse a una etapa pasada mientras Dios ya está conduciendo a Su pueblo hacia adelante. Ocurrió en los días de los profetas. Ocurrió durante el ministerio de Jesús. Ocurrió en la transición entre el Antiguo y el Nuevo

Pacto. Y continúa ocurriendo en diferentes formas a lo largo de la historia de la Iglesia.

Los líderes religiosos del primer siglo poseían las Escrituras, conocían las promesas y esperaban al Mesías. Sin embargo, cuando el cumplimiento de aquellas promesas apareció delante de ellos, muchos no pudieron reconocerlo porque se habían acostumbrado a las formas anteriores de la revelación. Amaban las sombras pero rechazaron la realidad. Defendían las figuras mientras resistían a Aquel hacia quien las figuras apuntaban. Por eso Jesús les dijo:

"Vosotros me buscáis para matarme, hombre que os he hablado la verdad, la cual he oído de Dios."
Juan 8:40

La tragedia no consistía en que ignoraran las Escrituras, sino en que las conocían sin comprender hacia dónde apuntaban. Esta lección posee una enorme relevancia para la Iglesia actual. El propósito de Dios continúa avanzando. Cristo continúa edificando Su Iglesia. El Espíritu Santo continúa obrando en el mundo. El Reino continúa extendiéndose entre las naciones. La pregunta que cada generación debe responder es si caminará en armonía con ese avance o si intentará permanecer aferrada a una etapa anterior.

No se trata de abandonar la verdad recibida ni de perseguir novedades por sí mismas. Se trata de comprender que el mismo Dios que habló en el pasado sigue actuando en

el presente. La fidelidad no consiste en congelar la historia, sino en seguir obedeciendo al Señor mientras Él desarrolla Sus propósitos.

Cuando contemplamos las Escrituras desde Génesis hasta Apocalipsis descubrimos una realidad extraordinaria: Dios nunca perdió el control de la historia. Ni la caída del hombre, ni la rebelión de las naciones, ni la esclavitud de Israel, ni el exilio, ni la oposición de los imperios, ni la crucifixión de Cristo lograron detener Su propósito. Todo continuó avanzando hacia el cumplimiento de Su voluntad soberana.

Y si esto ha sido cierto a lo largo de toda la historia bíblica, también lo es para nuestra generación. Vivimos tiempos complejos, llenos de cambios acelerados e incertidumbres profundas. Sin embargo, el Reino no se encuentra detenido. Cristo sigue siendo Señor. El Espíritu Santo sigue obrando. El evangelio sigue transformando vidas. El propósito eterno continúa avanzando.

Por eso la pregunta fundamental no es si Dios está obrando. La pregunta es si nosotros estamos dispuestos a avanzar con Él. Porque el Dios revelado en las Escrituras sigue siendo el mismo Dios que llama a Su pueblo a caminar, a crecer, a conquistar y a participar activamente en el desarrollo de Su propósito eterno hasta el día en que la tierra sea llena del conocimiento de la gloria del Señor como las aguas cubren el mar.

Capítulo cinco

APRENDER DEL PASADO SIN VIVIR EN EL PASADO

"Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe."
Hebreos 13:7

Toda generación recibe una herencia. Ningún creyente comienza su caminar espiritual desde cero, ni ninguna iglesia surge en un vacío histórico. Antes de nosotros hubo hombres y mujeres que creyeron, oraron, sirvieron, sufrieron, perseveraron y entregaron sus vidas para que el evangelio llegara hasta nuestra generación.

Caminamos sobre senderos que otros abrieron. Disfrutamos de verdades que otros defendieron. Predicamos un evangelio que fue preservado a través de siglos de fidelidad, sacrificio y testimonio. Comprender esta realidad debería producir en nosotros una profunda gratitud y un sincero sentido de honra hacia quienes nos precedieron.

La Escritura jamás promueve una actitud de desprecio hacia el pasado. Por el contrario, una y otra vez encontramos exhortaciones a recordar las obras de Dios, a considerar el ejemplo de los hombres de fe y a aprender de las generaciones anteriores. El pueblo de Israel recibió constantemente el mandato de transmitir la memoria de los actos divinos a sus hijos.

Los salmos están llenos de referencias a las maravillas que Dios realizó en tiempos antiguos. Los profetas apelaban repetidamente a la historia para recordar la fidelidad del Señor. Incluso el Nuevo Testamento presenta a los héroes de la fe como ejemplos que deben inspirar a quienes continúan la carrera.

Recordar correctamente es una virtud espiritual. La memoria de las obras de Dios fortalece la fe, alimenta la gratitud y nos ayuda a comprender que formamos parte de una historia mucho más grande que nosotros mismos. Una generación que olvida lo que Dios hizo en el pasado corre el riesgo de perder la perspectiva de Su fidelidad. Sin embargo, existe una diferencia fundamental entre recordar el pasado y vivir en el pasado. Una cosa es honrar la historia; otra muy distinta es quedar atrapados en ella.

A lo largo de la historia bíblica observamos que uno de los peligros más frecuentes para el pueblo de Dios fue convertir experiencias legítimas del ayer en sustitutos de la obediencia presente. Lo que comenzó como una bendición podía transformarse con el tiempo en un obstáculo si ocupaba

el lugar que solamente corresponde a la dirección actual de Dios.

La historia espiritual de Israel ofrece numerosos ejemplos de esta tendencia. En varias ocasiones el pueblo intentó apoyarse en recuerdos, símbolos o experiencias anteriores en lugar de buscar la voluntad del Señor para el momento que estaba viviendo.

El ser humano encuentra seguridad en aquello que conoce. Lo familiar produce una sensación de estabilidad. Los recuerdos agradables generan confianza. Por esa razón, cuando enfrentamos cambios o desafíos, resulta natural sentir la tentación de refugiarnos en lo que funcionó anteriormente.

Este fenómeno también aparece en la vida de la Iglesia. Muchas veces las generaciones presentes contemplan con admiración los avivamientos del pasado, las grandes campañas evangelísticas, los movimientos espirituales que transformaron ciudades enteras o las experiencias que marcaron profundamente a la comunidad cristiana. Y es correcto hacerlo. Sería una insensatez ignorar las lecciones que Dios nos dejó a través de esos acontecimientos.

El problema surge cuando la admiración se convierte en dependencia y la memoria reemplaza la visión. En ese momento comenzamos a medir el presente exclusivamente con los parámetros del pasado y perdemos sensibilidad para reconocer la forma en que Dios está obrando delante de

nosotros. Sin advertirlo, dejamos de aprender de la historia para intentar reproducirla mecánicamente.

Sin embargo, la obra de Dios nunca se desarrolló mediante simples repeticiones. El Señor permanece inmutable, pero Su sabiduría se manifiesta de maneras diversas según las necesidades de cada tiempo y cada generación.

El mismo Dios que utilizó a Moisés levantó posteriormente a Josué. El mismo Dios que habló por medio de Samuel también habló por medio de David. El mismo Dios que actuó durante el ministerio de Elías continuó obrando a través de Eliseo. En cada caso encontramos continuidad en el propósito, pero también nuevas expresiones de Su obrar.

Quizás uno de los ejemplos más significativos se encuentra en la relación entre Josué y la generación que salió de Egipto. Aquellos hombres y mujeres habían sido testigos de milagros extraordinarios. Habían visto abrirse el Mar Rojo, habían recibido maná del cielo y habían contemplado diariamente la nube de la presencia divina.

Sin embargo, la nueva generación tendría que aprender a caminar con Dios en circunstancias diferentes. Ya no cruzarían el Mar Rojo; cruzarían el Jordán. Ya no recibirían maná indefinidamente; aprenderían a alimentarse de los frutos de la tierra prometida. Ya no vivirían como peregrinos en el desierto; serían llamados a conquistar y establecerse. El

Dios era el mismo. La promesa era la misma. El propósito era el mismo. Pero las circunstancias habían cambiado.

Esta verdad posee una enorme importancia para la Iglesia contemporánea. Muchas veces hablamos de los grandes hombres y mujeres de Dios que nos precedieron, y debemos hacerlo. Debemos agradecer al Señor por los reformadores que defendieron la verdad del evangelio, por los misioneros que llevaron la luz de Cristo a tierras lejanas, por los pastores que edificaron congregaciones saludables y por los creyentes que permanecieron firmes en tiempos difíciles. Ellos forman parte de nuestra herencia espiritual. Sus vidas merecen ser estudiadas y su ejemplo merece ser valorado.

No obstante, ninguno de ellos fue llamado a vivir nuestra generación. Dios les asignó una tarea específica dentro de su tiempo, y ellos respondieron fielmente. Ahora la responsabilidad recae sobre nosotros. La pregunta no es solamente qué hicieron ellos, sino qué espera Dios de nosotros. El propósito de estudiar a nuestros padres espirituales no consiste en convertirnos en imitadores superficiales de sus métodos, sino en aprender de su fe para responder con la misma fidelidad a los desafíos de nuestro tiempo.

El escritor de Hebreos comprendía perfectamente este principio cuando exhortó a los creyentes a considerar la conducta de sus líderes y a imitar su fe. Es significativo que no les dijera que copiaran cada una de sus prácticas o

reprodujeran exactamente sus circunstancias. Lo que debía ser imitado era la fe, la confianza en Dios, la obediencia y la perseverancia que caracterizaron sus vidas.

La diferencia es profunda. Los métodos pertenecen a una época determinada. La fe trasciende las épocas. Las estrategias pueden variar. Los principios permanecen. Las formas externas cambian. La verdad del evangelio permanece inalterable.

Cuando esta distinción no se comprende adecuadamente, aparece la nostalgia espiritual. La nostalgia es una emoción poderosa porque selecciona cuidadosamente los recuerdos. Tiende a resaltar los aspectos más agradables del pasado mientras minimiza sus dificultades y limitaciones. Por eso muchas veces imaginamos épocas anteriores como si hubieran sido perfectas. Olvidamos las luchas que enfrentaron quienes vivieron entonces y terminamos construyendo una versión idealizada de la historia.

Esta tendencia puede resultar particularmente peligrosa en la vida de la Iglesia. Una congregación que vive mirando constantemente hacia atrás corre el riesgo de perder la capacidad de discernir las oportunidades que Dios coloca delante de ella. Sus conversaciones comienzan a centrarse exclusivamente en lo que ocurrió años atrás. Sus expectativas se limitan a repetir experiencias anteriores. Poco a poco la visión del futuro se debilita porque toda la energía emocional está orientada hacia el recuerdo.

Sin embargo, Dios nunca llamó a Su pueblo a caminar de espaldas. Las Escrituras muestran repetidamente que el Señor honra el pasado, pero conduce a Su pueblo hacia el futuro. La memoria debe funcionar como una fuente de aprendizaje, no como un lugar de residencia permanente. El propósito de las huellas no es que permanezcamos contemplándolas indefinidamente, sino que nos indiquen la dirección del camino.

Por esta razón, la verdadera herencia espiritual no consiste en conservar intactas las formas externas de una generación anterior. La verdadera herencia consiste en recibir el depósito de la fe y continuar desarrollándolo bajo la dirección del Espíritu Santo. Cada generación tiene la responsabilidad de tomar la antorcha que recibe y llevarla un poco más lejos. Quedarse inmóvil no es honrar a quienes nos precedieron; es interrumpir la carrera que ellos ayudaron a impulsar.

Los grandes hombres de Dios de la historia no dedicaron sus vidas para que las generaciones futuras los imitaran servilmente. Su anhelo era que Cristo siguiera siendo exaltado y que Su Reino continuara avanzando después de ellos. Los reformadores no murieron para crear monumentos a su memoria. Los misioneros no atravesaron océanos para que simplemente contemos sus historias. Los pioneros de la fe trabajaron, sufrieron y perseveraron para que otros continuaran edificando sobre el fundamento que ellos ayudaron a colocar.

Cuando comprendemos esto, nuestra relación con el pasado cambia profundamente. Dejamos de verlo como un refugio y comenzamos a verlo como una escuela. Dejamos de intentar revivirlo y empezamos a aprender de él. Dejamos de preguntarnos cómo regresar a lo que fue y comenzamos a preguntarnos cómo ser fieles a Dios en el tiempo que nos ha tocado vivir.

La historia de la Iglesia es un tesoro invaluable, pero nunca fue diseñada para reemplazar la dirección presente del Espíritu Santo. Su propósito es mostrarnos que el mismo Dios que obró ayer continúa obrando hoy. El mismo Señor que sostuvo a nuestros padres espirituales sigue sosteniendo a Su pueblo. El mismo Cristo que edificó Su Iglesia a través de generaciones anteriores continúa edificándola en nuestros días.

Por eso debemos honrar profundamente a quienes nos precedieron, agradecer a Dios por su legado y aprender de su ejemplo. Pero después de hacerlo, debemos levantarnos y continuar caminando. Porque el Reino no avanza únicamente mediante el recuerdo de los héroes del pasado. Avanza cuando una nueva generación decide creer al mismo Dios, abrazar la misma verdad y responder con la misma fidelidad al llamado que recibe en su propio tiempo.

Capítulo seis

NO ES LA VARA, ES LA UNCIÓN

"Y Jehová dijo a Moisés: ¿Qué es eso que tienes en tu mano? Y él respondió: Una vara."
Éxodo 4:2

A lo largo de la historia bíblica encontramos objetos, lugares, experiencias y personas que Dios utilizó de manera extraordinaria para manifestar Su poder. Sin embargo, existe un peligro recurrente que aparece una y otra vez en el corazón humano: la tendencia a transferir nuestra confianza desde Dios hacia los instrumentos que Él empleó. Lo que comenzó como una expresión legítima de la gracia divina termina convirtiéndose en un sustituto de la dependencia espiritual. El hombre tiene una notable facilidad para admirar las herramientas y olvidar la mano que las utiliza.

Pocas figuras ilustran mejor esta realidad que la vara de Moisés. Cuando Dios llamó a aquel hombre desde la zarza ardiente para enviarlo a Egipto, le preguntó qué tenía en su mano. La respuesta fue sencilla: una vara. No se trataba de

un objeto extraordinario. Era simplemente el instrumento de trabajo de un pastor del desierto. Sin embargo, una vez colocada bajo el propósito de Dios, aquella vara se transformó en un símbolo visible de la autoridad divina obrando a través de un hombre obediente.

Con esa vara Moisés realizó señales delante de Faraón. Con ella golpeó las aguas del Nilo. Extendió su mano sobre el mar y las aguas se dividieron. Golpeó la roca en Horeb y brotó agua para el pueblo. Una y otra vez las Escrituras asocian aquel objeto con algunos de los acontecimientos más impresionantes de la historia de Israel. No resulta difícil imaginar la profunda impresión que aquellos milagros dejaron en la memoria colectiva de la nación.

Sin embargo, la verdadera fuente del poder nunca estuvo en la vara. El poder residía en Dios. La vara era solamente un instrumento. Su importancia dependía completamente de la presencia divina que actuaba a través de ella. Sin Dios, seguía siendo un simple pedazo de madera. La diferencia no estaba en el objeto, sino en la unción que lo respaldaba.

Esta distinción resulta fundamental porque revela una de las lecciones más importantes para todo creyente y para toda generación de la Iglesia. Los métodos, las estructuras, las estrategias, los recursos y aun las experiencias espirituales pueden ser valiosos instrumentos en las manos de Dios. Pero ninguno de ellos constituye la fuente de la vida espiritual. Cuando olvidamos esta verdad comenzamos a depositar

nuestra confianza en aquello que es visible y tangible, mientras descuidamos nuestra dependencia de Aquel que realmente produce el fruto.

La historia de Israel ofrece un ejemplo particularmente revelador de este peligro. En cierta ocasión, durante el tiempo de los jueces, el pueblo fue derrotado por los filisteos. En lugar de examinar su condición espiritual delante de Dios, decidieron buscar una solución aparentemente lógica. Ordenaron traer el arca del pacto al campo de batalla, convencidos de que su sola presencia garantizaría la victoria.

El relato se encuentra en **1 Samuel 4**. Cuando el arca llegó al campamento, los israelitas gritaron con tal fuerza que la tierra tembló. Parecía que la confianza había regresado. Parecía que la victoria estaba asegurada. Sin embargo, el resultado fue exactamente el contrario. Israel sufrió una derrota devastadora y el arca fue capturada por sus enemigos.

¿Qué había sucedido? El pueblo había confundido el símbolo con la realidad. Habían colocado su confianza en el objeto en lugar de buscar nuevamente al Dios cuya presencia representaba el arca. Lo que debía señalar hacia Dios terminó ocupando Su lugar.

Este mismo principio aparece repetidamente a lo largo de la historia. Las personas tienden a aferrarse a aquello que pueden controlar. Resulta más fácil depender de una fórmula que cultivar una relación viva con Dios. Es más cómodo repetir un método conocido que buscar dirección fresca del

Espíritu Santo. Es más sencillo preservar estructuras existentes que permanecer sensibles a la voz del Señor.

Por esta razón, cada vez que Dios inicia una nueva etapa de Su propósito, suele confrontar la tendencia humana a absolutizar los instrumentos que utilizó anteriormente. No porque aquellos instrumentos hayan sido malos, sino porque el pueblo corre el riesgo de convertirlos en ídolos.

La propia experiencia de Moisés contiene una enseñanza profunda en este sentido. Después de muchos años utilizando la vara como instrumento de autoridad, llegó un momento en que Dios quiso enseñarle una lección diferente. En **Números 20**, cuando el pueblo volvió a quejarse por falta de agua, el Señor ordenó a Moisés que hablara a la roca. Sin embargo, Moisés reaccionó de acuerdo con una experiencia anterior. Recordó lo ocurrido en Horeb décadas atrás y golpeó la roca con la vara.

A simple vista podría parecer un detalle menor. Después de todo, la vara había sido utilizada por Dios en numerosas ocasiones. Sin embargo, el problema era mucho más profundo. Moisés intentó responder a una situación presente utilizando mecánicamente un procedimiento del pasado, en lugar de obedecer específicamente la palabra que Dios había dado para ese momento.

La lección es evidente. Lo que funcionó ayer no necesariamente constituye la dirección de Dios para hoy. El Señor no está obligado a repetir constantemente los mismos

procedimientos. Él permanece fiel a Su propósito, pero conserva absoluta libertad para manifestar Su sabiduría de maneras diversas.

La Iglesia necesita comprender este principio con urgencia. Muchas de las tensiones que enfrentan las congregaciones nacen precisamente de la dificultad para distinguir entre principios eternos y métodos temporales. Los principios del Reino jamás cambian.

La centralidad de Cristo, la autoridad de las Escrituras, la necesidad del nuevo nacimiento, la obra del Espíritu Santo, la misión evangelizadora y la formación de discípulos permanecen inalterables. Pero las formas mediante las cuales esos principios se expresan pueden variar considerablemente de una generación a otra.

Cuando los métodos son elevados al nivel de los principios, inevitablemente surge el estancamiento. Las personas comienzan a defender procedimientos en lugar de propósitos. La discusión deja de centrarse en lo que Dios desea hacer y pasa a concentrarse en la preservación de determinadas formas externas. Poco a poco, la estructura ocupa el lugar que corresponde a la vida.

Esto explica por qué muchos movimientos espirituales que comenzaron con gran vitalidad terminaron perdiendo impulso con el paso del tiempo. El problema no era la falta de una herencia valiosa. El problema surgía cuando las generaciones posteriores intentaban conservar exactamente

las mismas expresiones externas sin mantener la misma dependencia de Dios que había dado origen a aquellas expresiones.

Los grandes avivamientos de la historia nunca nacieron de la imitación de modelos anteriores. Nacieron cuando hombres y mujeres buscaron apasionadamente al Señor y respondieron a Su dirección para su tiempo. Las herramientas podían ser diferentes, los contextos culturales distintos y los desafíos particulares de cada época, pero la fuente seguía siendo la misma: una profunda dependencia de la presencia de Dios.

En realidad, la tentación de confiar en la vara continúa presente en cada generación. A veces la vara adopta la forma de una tradición muy apreciada. Otras veces se presenta como una estrategia ministerial que produjo excelentes resultados en el pasado. En algunos casos puede ser una experiencia espiritual significativa que marcó profundamente la vida de una congregación. Ninguna de estas cosas es necesariamente incorrecta. El problema aparece cuando nuestra confianza comienza a descansar en ellas más que en el Señor.

Jesús abordó esta misma realidad durante Su ministerio terrenal. Los líderes religiosos de Su tiempo habían construido sistemas cuidadosamente elaborados para preservar la tradición. Sin embargo, en muchos casos habían perdido de vista el propósito original de aquello que pretendían proteger. Por esa razón el Señor les dijo:

"Invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido."
Marcos 7:13

La tradición en sí misma no era el problema. El problema consistía en permitir que la tradición reemplazara la voz viva de Dios.

Algo semejante puede ocurrir en la vida de cualquier creyente. Existe una diferencia enorme entre recordar con gratitud lo que Dios hizo y depender exclusivamente de lo que hizo. La fe madura celebra los testimonios del pasado, pero mantiene sus ojos puestos en Cristo. Aprende de las experiencias anteriores, pero continúa escuchando la dirección presente del Espíritu Santo. Agradece las herramientas que Dios ha utilizado, pero comprende que la fuente de toda vida sigue siendo Su presencia.

Quizás una de las declaraciones más importantes de Juan el Bautista resume este principio de manera extraordinaria:

"Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe."
Juan 3:30

Toda verdadera obra de Dios apunta finalmente hacia Cristo. Los instrumentos son temporales. Los métodos son temporales. Las generaciones son temporales. Pero Cristo permanece para siempre. Cuando comprendemos esta verdad

dejamos de aferrarnos desesperadamente a las herramientas y volvemos a concentrarnos en la fuente.

La Iglesia de nuestra generación no necesita una nueva vara. No necesita depender de reliquias espirituales ni de fórmulas heredadas. Lo que necesita es exactamente lo mismo que necesitó la Iglesia del primer siglo, los reformadores, los avivadores y los misioneros de todas las épocas: una relación viva con Jesucristo y una profunda dependencia del Espíritu Santo.

Porque al final de cuentas, jamás fue la vara la que abrió el mar. Jamás fue la vara la que derrotó a Egipto. Jamás fue la vara la que sostuvo a Israel en el desierto. Detrás de cada milagro, de cada avance y de cada victoria siempre estuvo el mismo Dios obrando a favor de Su pueblo.

Y ese Dios continúa obrando hoy. La pregunta no es si conservamos la vara correcta. La verdadera pregunta es si seguimos caminando bajo la unción de Su presencia.

Capítulo siete

EL LIBRO DE LOS HECHOS NO HA TERMINADO

"Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra."
Hechos 1:8

Pocas afirmaciones resultan tan reveladoras para comprender el propósito de Dios en la historia como las palabras que Jesús pronunció poco antes de Su ascensión. Los discípulos se encontraban reunidos alrededor de su Maestro resucitado, contemplando los últimos momentos de Su presencia física entre ellos. Habían caminado junto a Él durante años, habían escuchado Sus enseñanzas, habían sido testigos de Su muerte y de Su victoria sobre la tumba. Humanamente podría parecer que una etapa llegaba a su fin. Sin embargo, desde la perspectiva del Reino, aquello no era una conclusión sino un comienzo.

La ascensión de Cristo no representó el cierre de una obra, sino el inicio de una nueva fase de su desarrollo. Jesús

no estaba abandonando a Sus discípulos ni retirándose de la historia. Estaba ocupando Su lugar de autoridad a la diestra del Padre para continuar gobernando y edificando Su Iglesia mediante la obra del Espíritu Santo. Por eso, antes de partir, les entregó una promesa y una misión. La promesa era la venida del Espíritu Santo. La misión consistía en llevar el testimonio de Cristo hasta los confines de la tierra.

Cuando abrimos el libro de los Hechos descubrimos precisamente el cumplimiento de esa promesa. El Espíritu Santo descendió sobre la Iglesia naciente y comenzó una expansión que transformaría el mundo. Lo extraordinario es que el libro no se concentra principalmente en las capacidades humanas de los apóstoles.

No es un relato acerca de hombres excepcionales realizando hazañas extraordinarias por sus propios recursos. Es la historia del Cristo resucitado obrando a través de hombres comunes mediante el poder del Espíritu Santo.

Desde sus primeras páginas observamos un movimiento constante. El evangelio avanza desde Jerusalén hacia Judea. De Judea se extiende a Samaria. Desde allí alcanza a los gentiles y comienza a expandirse por el mundo conocido. Cada capítulo refleja el impulso de una obra que no puede ser contenida por fronteras geográficas, barreras culturales ni persecuciones religiosas. Cuanto más oposición enfrentaba la Iglesia, más se extendía el mensaje del Reino.

Esta dinámica revela una característica fundamental del obrar de Dios. El Reino posee una naturaleza expansiva. Jesús mismo había enseñado este principio mediante diversas parábolas. Comparó el Reino con una semilla que crece, con levadura que transforma la masa y con una semilla de mostaza que, siendo pequeña al principio, llega a convertirse en un gran árbol. En cada caso la imagen es la misma: algo vivo que avanza, se desarrolla y se extiende conforme al propósito divino.

Por esa razón resulta significativo que el libro de los Hechos termine de una manera tan particular. A diferencia de otros relatos bíblicos, no encontramos una conclusión formal que cierre definitivamente la historia. Lucas no nos informa acerca del final del ministerio de Pablo ni ofrece una declaración que marque el término de la expansión del evangelio. El libro concluye mostrando al apóstol predicando el Reino de Dios en Roma con toda libertad.

Muchos estudiosos han observado este detalle a lo largo de los siglos. La sensación que deja la lectura es la de una historia que continúa desarrollándose más allá de las páginas inspiradas. Y, en cierto sentido, eso es exactamente lo que ocurrió. La misión encomendada por Cristo no terminó con los apóstoles. El mismo Espíritu que obró en Jerusalén continuó obrando generación tras generación, llevando adelante el propósito de Dios a través de hombres y mujeres de distintas épocas, culturas y naciones.

Esta verdad posee una enorme importancia para la Iglesia actual porque existe la tendencia de considerar el período apostólico como una especie de edad dorada completamente desconectada del resto de la historia cristiana. Sin embargo, cuando observamos el desarrollo del Reino a través de los siglos descubrimos que el mismo Dios que actuó en el primer siglo siguió obrando poderosamente mucho después de que los apóstoles partieran para estar con el Señor.

Por supuesto, los apóstoles ocuparon un lugar único e irrepetible dentro del plan de Dios. Fueron testigos directos de la resurrección de Cristo y constituyeron el fundamento doctrinal sobre el cual fue edificada la Iglesia. Nadie puede ocupar nuevamente esa posición. Pero reconocer esta singularidad no significa afirmar que la actividad del Espíritu Santo quedó limitada a aquella generación. Por el contrario, las Escrituras presentan la presencia del Espíritu como una provisión permanente para toda la era de la Iglesia. Jesús declaró:

"Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre."
Juan 14:16

La promesa no estaba restringida a un pequeño grupo de creyentes del primer siglo. Formaba parte de la herencia de todo el pueblo de Dios hasta el regreso de Cristo.

Al recorrer la historia de la Iglesia encontramos abundantes evidencias de esta realidad. A pesar de errores humanos, conflictos y períodos de oscuridad espiritual, el Señor nunca abandonó a Su pueblo. Siempre levantó hombres y mujeres que proclamaron la verdad, defendieron el evangelio y respondieron al llamado de su generación.

Hubo épocas en las que la verdad bíblica parecía quedar sepultada bajo tradiciones humanas. Sin embargo, Dios levantó voces que llamaron nuevamente al pueblo a las Escrituras. Cuando la corrupción amenazaba con distorsionar el mensaje del evangelio, el Señor suscitó reformadores que recordaron la centralidad de la gracia y la autoridad de la Palabra de Dios. Aquellos hombres no estaban iniciando una obra completamente nueva; estaban colaborando con el mismo propósito que había comenzado siglos antes en Jerusalén.

La Reforma Protestante constituye uno de los ejemplos más evidentes de este principio. No fue simplemente un movimiento intelectual ni una controversia eclesiástica. Representó un poderoso avance del propósito de Dios para devolver a millones de personas el acceso directo a las Escrituras y la comprensión de las verdades fundamentales del evangelio. Detrás de los acontecimientos históricos seguía actuando el mismo Espíritu que había inspirado a los apóstoles.

Posteriormente, Dios continuó obrando mediante numerosos avivamientos espirituales que transformaron

comunidades enteras. En diferentes países y contextos culturales surgieron hombres y mujeres consumidos por la pasión de ver a Cristo exaltado. Predicaron el arrepentimiento, llamaron a la santidad, proclamaron la necesidad de un encuentro personal con Dios y fueron utilizados para despertar a multitudes.

Lo notable es que cada uno de estos movimientos poseía características particulares. Las circunstancias históricas eran diferentes. Los desafíos culturales no eran los mismos. Los métodos variaban considerablemente. Sin embargo, la esencia permanecía inalterable. En todos los casos encontramos al mismo Espíritu Santo glorificando a Cristo y extendiendo Su Reino.

Esta observación resulta especialmente importante para el tema que estamos desarrollando en este libro. Dios nunca ha estado interesado en producir copias exactas de una generación anterior. Su propósito consiste en levantar hombres y mujeres que respondan fielmente a Su llamado dentro de las circunstancias específicas que les toca vivir.

Los reformadores no fueron una réplica de los apóstoles. Los grandes misioneros de los siglos posteriores no fueron una réplica de los reformadores. Cada generación enfrentó desafíos distintos y recibió gracia para cumplir una tarea particular dentro del propósito eterno de Dios.

Quizás una de las evidencias más impresionantes de que el libro de los Hechos no ha terminado sea el avance

continuo de las misiones cristianas. Cuando Jesús pronunció la Gran Comisión, la mayoría de las naciones actuales ni siquiera existían como las conocemos hoy. Sin embargo, a lo largo de los siglos, hombres y mujeres dejaron sus hogares, cruzaron océanos, aprendieron nuevos idiomas, soportaron persecuciones y arriesgaron sus vidas para llevar el evangelio a pueblos que nunca habían escuchado el nombre de Cristo.

Detrás de cada uno de esos esfuerzos encontramos el mismo impulso que observamos en el libro de los Hechos. La misión continúa porque el Espíritu continúa impulsando a la Iglesia hacia adelante. El Reino sigue avanzando porque el Rey sigue gobernando.

A veces, cuando observamos las dificultades de nuestra época, podemos sentir la tentación de pensar que estamos viviendo tiempos especialmente adversos para la obra de Dios. Sin embargo, la historia demuestra que el evangelio ha prosperado en medio de imperios hostiles, persecuciones violentas, crisis sociales y profundas transformaciones culturales. Ninguna de esas circunstancias logró detener el avance del propósito divino.

Esto no significa que debamos ignorar los desafíos actuales. Vivimos en una generación compleja. Las ideologías cambian rápidamente. La tecnología transforma la manera en que las personas piensan y se relacionan. Las estructuras sociales experimentan modificaciones constantes. Sin embargo, ninguna de estas realidades altera la misión de la Iglesia ni limita el poder del Espíritu Santo.

El mismo Cristo que caminó junto al mar de Galilea sigue edificando Su Iglesia. El mismo Espíritu que descendió en Pentecostés continúa obrando en el mundo. El mismo evangelio que transformó el Imperio Romano sigue teniendo poder para salvar, restaurar y reconciliar a los hombres con Dios.

Por eso resulta tan importante comprender que no somos espectadores de una historia concluida. Formamos parte de una obra que continúa desarrollándose. No vivimos contemplando únicamente lo que Dios hizo en el pasado. Vivimos participando de lo que Él sigue haciendo en el presente. La Iglesia no existe para preservar el recuerdo de Pentecostés; existe para caminar en la realidad de la presencia del Espíritu Santo. No fue llamada a admirar la historia de los apóstoles desde la distancia, sino a continuar proclamando al mismo Cristo que ellos anunciaron.

Cuando entendemos esta verdad, desaparece la idea de que las mejores páginas de la historia del Reino ya fueron escritas. Dios todavía sigue llamando, salvando, transformando, restaurando y enviando. Su propósito continúa avanzando en las naciones. Su Espíritu continúa obrando en la Iglesia. El evangelio continúa produciendo fruto.

Por eso, cada vez que alguien anuncia a Cristo, cada vez que una vida es transformada por el poder del evangelio, cada vez que una congregación responde obedientemente al

llamado de Dios, una nueva página se añade a esa gran historia que comenzó en Jerusalén hace dos mil años.

Y mientras el Espíritu Santo siga obrando y Cristo siga edificando Su Iglesia, podremos afirmar con convicción que el libro de los Hechos, en el sentido de la misión y el avance del Reino, aún no ha terminado.

Capítulo ocho

LA PROHIBICIÓN DE RETROCEDER

"Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma."
Hebreos 10:39

Si existe un libro en el Nuevo Testamento que encarna de manera extraordinaria el mensaje central de esta obra, ese libro es Hebreos. A lo largo de sus páginas encontramos una exhortación constante, profunda y apasionada dirigida a creyentes que se encontraban en una encrucijada espiritual. Habían conocido a Cristo. Habían experimentado la realidad del Nuevo Pacto. Habían recibido la luz del evangelio. Sin embargo, enfrentaban una presión creciente para regresar a las formas religiosas que habían caracterizado su vida anterior.

La situación era compleja. Aquellos cristianos procedían en su mayoría del judaísmo y vivían en un contexto donde la persecución, el rechazo social y la oposición

religiosa se hacían cada vez más intensos. Seguir a Cristo implicaba un costo real. Muchos habían perdido privilegios, relaciones e incluso seguridad personal. Frente a esas dificultades comenzó a surgir una tentación peligrosa: "volver atrás…"

No estaban considerando abandonar toda forma de religión. Tampoco planeaban convertirse en ateos o paganos. Su tentación era mucho más sutil. Deseaban regresar a un sistema que había sido legítimo en su tiempo, pero que ya había cumplido su propósito dentro del plan de Dios. Querían volver a las sombras cuando la realidad ya había llegado. Deseaban aferrarse a las figuras cuando el cumplimiento se encontraba delante de ellos.

Comprender este contexto resulta esencial para interpretar correctamente la epístola. El autor de Hebreos no está escribiendo simplemente un tratado doctrinal sobre la superioridad de Cristo. Está construyendo un argumento poderoso para demostrar que retroceder espiritualmente constituye un grave error cuando Dios ya ha revelado algo mayor. Todo el libro gira alrededor de una verdad fundamental: Jesucristo es superior.

Cristo es superior a los ángeles. Cristo es superior a Moisés. Cristo es superior a Aarón. Cristo posee un sacerdocio superior. Cristo estableció un pacto superior. Cristo ofreció un sacrificio superior. Cristo abrió un camino superior. Cada uno de estos argumentos apunta hacia una

misma conclusión: después de Cristo no existe nada a lo cual regresar.

Desde las primeras páginas de la carta encontramos esta declaración extraordinaria:

"Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo."
Hebreos 1:1 y 2

Estas palabras contienen una de las revelaciones más profundas de toda la Escritura. El autor reconoce plenamente el valor de las etapas anteriores de la revelación divina. Dios había hablado por medio de los patriarcas. Había hablado mediante los profetas. Había actuado a través de Moisés. Todo aquello era verdadero, legítimo y necesario. Sin embargo, ahora había ocurrido algo definitivo: Dios había hablado por medio de Su Hijo.

La llegada de Cristo no anuló la revelación anterior; la llevó a su cumplimiento. Todo lo que había sido anticipado en el Antiguo Pacto encontraba su significado pleno en Él. Por eso el autor no presenta una oposición entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Lo que presenta es una progresión divina. Dios había estado conduciendo la historia hacia una meta, y esa meta era Cristo.

Este principio se encuentra en perfecta armonía con todo lo que hemos venido desarrollando a lo largo de este

libro. Desde Génesis observamos a Dios avanzando progresivamente en la revelación de Su propósito. Cada etapa preparaba el camino para la siguiente. Cada promesa apuntaba hacia una realidad mayor. Cada sombra anunciaba una sustancia futura. El problema surge cuando los hombres intentan detenerse en una etapa que Dios ya ha trascendido en el desarrollo de Su plan.

Precisamente eso era lo que enfrentaban los destinatarios de Hebreos. Admiraban profundamente las instituciones del antiguo sistema. Valoraban el templo, los sacrificios y el sacerdocio levítico. Todo ello había sido establecido por Dios. Pero ahora corrían el riesgo de convertir aquellas bendiciones pasadas en obstáculos para abrazar plenamente la obra de Cristo.

La situación posee una enorme relevancia para la Iglesia contemporánea porque revela un principio espiritual que trasciende aquel contexto histórico. El problema no era que aquellas cosas fueran malas. El problema era que estaban ocupando un lugar que ya no les correspondía. Cuando Dios avanza en el desarrollo de Su propósito, aferrarse a una etapa anterior equivale a resistirse al movimiento mismo de Su voluntad.

Por esta razón, el autor desarrolla cuidadosamente la superioridad de Cristo sobre cada elemento del sistema antiguo. Moisés había sido un siervo fiel en la casa de Dios, pero Cristo era el Hijo sobre la casa. Aarón había ejercido un sacerdocio legítimo, pero Cristo poseía un sacerdocio eterno

según el orden de Melquisedec. Los sacrificios ofrecidos continuamente bajo la ley tenían un valor pedagógico, pero el sacrificio de Cristo había obtenido una redención eterna.

El mensaje es claro. Dios no estaba destruyendo lo anterior. Estaba llevando todo a su culminación.

Esta perspectiva transforma completamente nuestra comprensión de la historia bíblica. Muchas veces los creyentes leen las Escrituras como si fueran una serie de compartimentos aislados. Sin embargo, Hebreos nos muestra una realidad diferente. Todo avanza hacia Cristo. Todo encuentra en Él su cumplimiento. Todo adquiere en Él su significado definitivo.

Por eso el autor utiliza repetidamente una expresión que resulta fundamental para entender la carta: "mejor". Un mejor pacto, mejores promesas. Un mejor sacrificio, una mejor esperanza, una mejor posesión.

La repetición no es accidental. Refleja el movimiento progresivo del propósito de Dios. No porque lo anterior fuera defectuoso, sino porque había sido diseñado para preparar el camino hacia algo superior.

Esta verdad debería producir una profunda reflexión en la Iglesia de nuestros días. Con frecuencia hablamos acerca de los grandes movimientos de Dios en la historia, y hacemos bien en hacerlo. Debemos agradecer por los avivamientos, las reformas y las generaciones que nos precedieron. Sin

embargo, la enseñanza de Hebreos nos recuerda que ninguna etapa de la historia puede convertirse en nuestro destino final. Todo lo que Dios hace apunta finalmente hacia una manifestación más plena de Cristo.

El Reino nunca fue diseñado para permanecer estático. La revelación nunca fue diseñada para detenerse en las sombras. La Iglesia nunca fue llamada a vivir contemplando únicamente lo que Dios hizo ayer. El Señor siempre conduce a Su pueblo hacia una comprensión más profunda de Su Hijo.

Por esta razón, las advertencias presentes en Hebreos son tan solemnes. El autor comprende que el peligro de retroceder no consiste simplemente en cambiar algunas prácticas religiosas. Retroceder implica rechazar una realidad superior para volver a una inferior. Significa abandonar el cumplimiento para refugiarse nuevamente en las figuras.

En uno de los pasajes más conmovedores de toda la epístola leemos:

"Traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos."
Hebreos 10:32

Aquellos creyentes habían comenzado bien. Habían soportado dificultades. Habían permanecido firmes en medio de la oposición. Pero ahora estaban cansados. La presión constante comenzaba a erosionar su determinación. El autor

comprende que el verdadero desafío no consiste solamente en comenzar la carrera, sino en perseverar hasta el final.

Aquí encontramos una aplicación directa para nuestra generación. Muchas iglesias enfrentan desafíos culturales, ideológicos y espirituales que generan incertidumbre. Algunas observan los cambios de la sociedad y sienten la tentación de refugiarse en modelos del pasado. Otras se sienten intimidadas por la complejidad del presente. Sin embargo, el mensaje de Hebreos sigue siendo el mismo: no retrocedan.

No retrocedan hacia la comodidad. No retrocedan hacia la nostalgia. No retrocedan hacia sistemas que sustituyen la dependencia viva de Cristo. No retrocedan hacia formas que impidan el avance del propósito de Dios. La respuesta nunca consiste en regresar atrás. La respuesta consiste en avanzar más profundamente hacia Cristo.

Esta es la razón por la cual el capítulo **12** presenta una de las imágenes más hermosas de toda la epístola. Después de describir la galería de héroes de la fe en el capítulo **11**, el autor dirige la mirada de los creyentes hacia el centro de todo el propósito divino:

"Puestos los ojos en Jesús, el autor
y consumador de la fe."
Hebreos 12:2

Los hombres de fe son inspiradores. Los profetas son inspiradores. Los reformadores son inspiradores. Los avivadores son inspiradores, pero ninguno de ellos constituye la meta. “La meta es Cristo”.

La fe madura honra a quienes caminaron antes que nosotros, aprende de ellos y agradece a Dios por su legado. Pero después vuelve sus ojos hacia Jesús. Porque el propósito de Dios nunca consistió en producir admiradores del pasado. Su propósito consiste en formar discípulos que sigan avanzando tras Su Hijo.

Por eso la epístola concluye con una declaración que encaja perfectamente con el mensaje central de este libro. Después de haber demostrado la superioridad de Cristo y advertido acerca del peligro de regresar atrás, el autor afirma con convicción:

“Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma.”
Hebreos 10:39

Estas palabras no expresan solamente una convicción doctrinal. Representan una decisión espiritual. Son el lenguaje de un pueblo que comprende que Dios está avanzando en el cumplimiento de Su propósito y que decide caminar con Él.

La misma decisión se encuentra delante de cada generación. Podemos quedarnos contemplando etapas anteriores de la historia de la redención o podemos seguir avanzando hacia la plenitud de Cristo. Podemos aferrarnos a las sombras o abrazar la realidad. Podemos retroceder hacia lo conocido o caminar por fe hacia aquello que Dios continúa desarrollando.

Hebreos no deja lugar a dudas acerca de cuál debe ser nuestra respuesta. No hemos sido llamados a retroceder, hemos sido llamados a avanzar.

PARTE III

EL LLAMADO A MARCHAR

Capítulo nueve

DISCERNIENDO LO QUE DIOS HACE HOY

"No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno."
1 Tesalonicenses 5:19 al 21

Después de recorrer las páginas de la Escritura y contemplar el avance progresivo del propósito de Dios a través de la historia, surge una pregunta inevitable: ¿cómo puede la Iglesia discernir lo que Dios está haciendo en el presente? La cuestión no es menor. Si el Señor continúa obrando en medio de Su pueblo, si el Espíritu Santo sigue guiando a la Iglesia y si el Reino continúa avanzando en el mundo, entonces resulta indispensable aprender a reconocer Su dirección.

De lo contrario, corremos el riesgo de quedar atrapados en dos errores opuestos que han acompañado al pueblo de Dios en diferentes épocas: seguir cualquier novedad espiritual sin discernimiento o rechazar toda novedad por temor al error.

A primera vista estos extremos parecen muy distintos entre sí, pero ambos producen el mismo resultado: impiden que la Iglesia camine en armonía con el propósito de Dios. El primero conduce a la confusión. El segundo conduce al estancamiento. Uno sacrifica la verdad en nombre de la experiencia. El otro sacrifica la sensibilidad espiritual en nombre de la seguridad. Ninguno refleja el equilibrio que encontramos en las Escrituras.

La exhortación de Pablo a los tesalonicenses resulta particularmente valiosa porque mantiene unidas dos verdades que muchas veces los creyentes separan. Por un lado, el apóstol advierte: ***"No apagueis al Espíritu"***. Por otro, añade inmediatamente: ***"Examinadlo todo; retened lo bueno"***. No hay contradicción entre ambas instrucciones. La vida espiritual saludable requiere tanto apertura a la obra de Dios como discernimiento para evaluar correctamente aquello que se presenta como una manifestación de Su voluntad.

Este equilibrio ha sido necesario en todas las generaciones. Cuando Jesús caminó por las calles de Israel, muchos líderes religiosos fueron incapaces de reconocer la obra de Dios porque sus expectativas estaban completamente condicionadas por sus propias interpretaciones. Conocían las Escrituras, esperaban la llegada del Mesías y anhelaban la intervención divina, pero cuando Dios actuó de una manera distinta a la que imaginaban, no pudieron discernir Su presencia.

El problema no radicaba en su amor por la verdad. El problema era que habían confundido sus tradiciones con la verdad misma. Habían desarrollado una estructura mental tan rígida que ya no podían reconocer la voz de Dios cuando hablaba fuera de los parámetros que ellos consideraban aceptables.

Esta realidad constituye una advertencia permanente para la Iglesia. Cada generación recibe una herencia espiritual valiosa, pero también enfrenta el peligro de convertir esa herencia en un filtro que impida percibir lo que el Espíritu Santo desea hacer en el presente. La fidelidad nunca consiste en repetir mecánicamente el pasado. La verdadera fidelidad consiste en permanecer firmemente arraigados en la verdad mientras continuamos escuchando la voz del Señor.

Sin embargo, el peligro opuesto es igualmente real. A lo largo de la historia han surgido innumerables movimientos que afirmaban representar una nueva obra de Dios cuando en realidad se alejaban de la enseñanza bíblica. El entusiasmo espiritual, por sí solo, no constituye evidencia suficiente de autenticidad. La sinceridad tampoco garantiza que una experiencia provenga del Espíritu Santo. Por esta razón las Escrituras insisten repetidamente en la necesidad del discernimiento. El apóstol Juan escribió:

"Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios."
1 Juan 4:1

Estas palabras revelan que no todo lo que parece espiritual proviene necesariamente de Dios. La Iglesia está llamada a examinar, evaluar y discernir. La fe cristiana nunca fue diseñada para funcionar sobre la base de la credulidad ingenua. Dios nos ha dado Su Palabra precisamente para que podamos distinguir entre la verdad y el error.

Aquí encontramos uno de los principios más importantes para discernir lo que Dios hace hoy: toda auténtica obra del Espíritu Santo estará en armonía con la revelación de las Escrituras. El Espíritu que inspiró la Palabra jamás contradirá la Palabra que inspiró. Puede guiarnos hacia nuevas aplicaciones, abrir oportunidades inesperadas o mostrarnos dimensiones más profundas de la verdad, pero nunca nos conducirá en dirección contraria a aquello que Él mismo reveló.

Esta verdad nos protege de innumerables engaños. En una época donde las ideas circulan con enorme rapidez y donde cualquier persona puede difundir enseñanzas a través de medios digitales, la necesidad de una sólida base bíblica resulta más importante que nunca. Las emociones pueden ser intensas. Las experiencias pueden parecer impresionantes. Las multitudes pueden sentirse atraídas por determinadas propuestas. Sin embargo, la pregunta decisiva sigue siendo la misma: ¿está esto en armonía con la Palabra de Dios?

La autoridad final no pertenece a nuestras impresiones, ni a nuestras preferencias, ni siquiera a nuestras experiencias. Pertenece a la revelación de Dios contenida en las Escrituras.

Al mismo tiempo, debemos evitar el error de reducir la vida cristiana a un mero ejercicio intelectual. La Biblia no nos presenta una religión basada exclusivamente en conceptos. Nos presenta una relación viva con Dios mediante la presencia del Espíritu Santo. El mismo Señor que nos dio Su Palabra también nos dio Su Espíritu para guiarnos, consolarnos, corregirnos y capacitarnos para cumplir Su voluntad. Jesús declaró:

"Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad."
Juan 16:13

Resulta significativo que el Señor utilizara la palabra "guiará". La imagen implica movimiento. El Espíritu Santo no fue enviado simplemente para informarnos acerca de la verdad, sino para conducirnos en ella. Su ministerio no consiste únicamente en enseñarnos doctrinas correctas, sino en dirigirnos hacia una vida de obediencia, madurez y participación activa en el propósito de Dios.

Por esta razón, discernir lo que Dios hace hoy requiere una combinación de elementos que jamás deberían separarse. Necesitamos la autoridad de la Palabra, la guía del Espíritu Santo, la comunión con el cuerpo de Cristo y una actitud humilde delante del Señor. Cuando alguno de estos elementos falta, el discernimiento se debilita.

La humildad merece una atención especial porque muchas veces constituye el factor decisivo. Una persona

orgullosa difícilmente podrá discernir correctamente la voluntad de Dios. El orgullo genera ceguera espiritual. Nos hace pensar que ya comprendemos todo lo necesario y nos vuelve resistentes a la corrección. En cambio, un corazón humilde permanece enseñable. Está dispuesto a aprender, a examinar sus propias conclusiones y a reconocer cuando Dios desea mostrarle algo que aún no había considerado.

La historia de la Iglesia demuestra que los grandes movimientos espirituales surgieron generalmente entre personas que conservaron esta actitud. No eran individuos obsesionados con las novedades ni defensores inflexibles del estado sostenido en el tiempo. Eran hombres y mujeres profundamente comprometidos con la verdad bíblica y al mismo tiempo sensibles a la dirección del Espíritu Santo. Amaban las Escrituras, pero también comprendían que el Dios de las Escrituras continuaba obrando en el mundo.

Este equilibrio resulta especialmente necesario en nuestra generación. Vivimos en una época caracterizada por cambios acelerados. Las transformaciones tecnológicas, culturales y sociales ocurren a una velocidad que habría resultado inimaginable para generaciones anteriores. Algunas personas reaccionan abrazando acríticamente cualquier tendencia nueva. Otras responden refugiándose en una resistencia absoluta a todo cambio. Ninguna de estas posturas refleja la sabiduría bíblica.

La pregunta correcta no es si algo es nuevo o antiguo. La pregunta correcta es si proviene de Dios y si contribuye al avance de Su propósito.

Los apóstoles tuvieron que enfrentar este mismo desafío cuando el evangelio comenzó a extenderse entre los gentiles. Aquella situación representaba un cambio enorme para muchos creyentes judíos. Sin embargo, cuando examinaron las evidencias de la obra de Dios a la luz de las Escrituras, comprendieron que el Señor estaba ampliando el alcance de Su gracia conforme a lo que había prometido desde antiguo.

La lección continúa siendo válida. Dios puede sorprendernos. Puede abrir puertas que no habíamos considerado. Puede utilizar instrumentos que no esperábamos. Puede obrar en contextos que desafíen nuestras suposiciones. Pero jamás actuará en contradicción con Su carácter, Su Palabra o Su propósito revelado en Cristo.

Por eso, discernir lo que Dios hace hoy exige mantener nuestros ojos fijos en Jesús. Él sigue siendo el centro de toda auténtica obra espiritual. El Espíritu Santo no vino para llamar la atención sobre sí mismo ni sobre determinados movimientos humanos. Su misión consiste en glorificar a Cristo. Cada vez que el Espíritu obra genuinamente, el resultado final será una mayor exaltación de Jesús, una comprensión más profunda del evangelio y una transformación más evidente de las vidas.

Este criterio resulta extraordinariamente útil. Allí donde Cristo es exaltado, donde la verdad bíblica es honrada, donde el carácter de Dios se refleja con claridad y donde las personas son conducidas a una obediencia más profunda, podemos reconocer la huella del Espíritu Santo. Allí donde el hombre ocupa el centro, donde la verdad es relativizada o donde el orgullo desplaza la dependencia de Dios, debemos actuar con cautela.

La Iglesia de nuestra generación necesita urgentemente este discernimiento. No podemos permitirnos apagar al Espíritu por temor al error, pero tampoco podemos abandonar el discernimiento por entusiasmo. Necesitamos caminar en el equilibrio de la verdad y la gracia, de la convicción y la sensibilidad, de la firmeza doctrinal y la apertura espiritual.

Porque el propósito de Dios continúa avanzando. El Reino sigue extendiéndose. Cristo sigue edificando Su Iglesia. El Espíritu Santo sigue obrando en medio de Su pueblo. Y aquellos que deseen marchar con Dios deberán aprender no solamente a recordar lo que Él hizo ayer, sino también a discernir lo que está haciendo hoy.

Solo así podremos avanzar con confianza, evitando tanto la rigidez que inmoviliza como la ligereza que extravía, y participando con fidelidad en la obra que el Señor continúa desarrollando en nuestra generación.

Capítulo diez

PIEDRAS EN EL RÍO DE DIOS

"Tomad del pueblo doce hombres, uno de cada tribu, y mandadles diciendo: Tomad de aquí de en medio del Jordán, del lugar donde están firmes los pies de los sacerdotes, doce piedras, las cuales pasaréis con vosotros."
Josué 4:2 y 3

Existen imágenes en las Escrituras que poseen una capacidad extraordinaria para revelar verdades profundas mediante escenas aparentemente sencillas. El cruce del Jordán es una de ellas. A primera vista parece simplemente otro episodio de la historia de Israel. Sin embargo, cuando observamos cuidadosamente los detalles del relato descubrimos una enseñanza que trasciende aquel acontecimiento y se proyecta hacia toda la historia del Reino de Dios.

Después de cuarenta años de peregrinación en el desierto, una nueva generación se encontraba finalmente frente a la tierra prometida. La generación que había

rechazado avanzar en Cades-Barnea había desaparecido. Los años habían pasado. Moisés había concluido su carrera. Ahora Josué guiaba al pueblo hacia el cumplimiento de la promesa que Dios había dado siglos atrás a Abraham.

Sin embargo, antes de entrar en Canaán existía un último obstáculo: "el río Jordán".

Las Escrituras señalan que el río se encontraba crecido, desbordando todas sus riberas. No era el momento más favorable para intentar cruzarlo. Humanamente hablando, las circunstancias parecían poco convenientes. Pero una vez más encontramos un principio que aparece repetidamente en la historia bíblica: Dios no espera necesariamente que las condiciones sean ideales para manifestar Su poder. Con frecuencia decide actuar precisamente cuando los obstáculos hacen evidente que el resultado solamente puede atribuirse a Él.

La instrucción divina fue clara. Los sacerdotes debían tomar el arca del pacto y avanzar hacia las aguas. El milagro no ocurriría mientras permanecieran observando el río desde la orilla. Debían caminar en obediencia. El relato describe el momento con notable precisión:

"Y cuando los que llevaban el arca entraron en el Jordán, y los pies de los sacerdotes que llevaban el arca fueron mojados a la orilla del agua... las aguas que venían de arriba se detuvieron."
Josué 3:15 y 16

El río no se abrió antes del paso de fe, se abrió después. Dios volvió a enseñar a Su pueblo una lección que había intentado inculcar desde los días del Mar Rojo: la obediencia precede muchas veces a la manifestación del milagro.

Pero lo que más nos interesa para este capítulo ocurrió después del cruce. Una vez que todo el pueblo pasó al otro lado, Dios ordenó que se tomaran doce piedras del lecho del Jordán y se levantara un memorial. Aquellas piedras tendrían una función muy específica. Servirían como testimonio para las generaciones futuras. Cada vez que los hijos de Israel preguntaran acerca de su significado, podrían escuchar nuevamente la historia de la fidelidad de Dios.

A simple vista parece un detalle secundario dentro del relato. Sin embargo, contiene una verdad extraordinariamente profunda acerca de la manera en que Dios desarrolla Su propósito en la historia. El Señor decidió utilizar piedras para preservar la memoria de Su obra. No eligió monumentos gigantescos. No levantó palacios. No estableció una estructura impresionante, escogió piedras comunes tomadas del lugar donde había ocurrido el milagro.

Esta imagen nos ayuda a comprender cómo Dios ha obrado a lo largo de los siglos. El Reino avanza mediante la acción soberana del Señor, pero en ese avance Él decide utilizar hombres y mujeres comunes como instrumentos de Su propósito. La historia de la redención está llena de personas que, vistas desde una perspectiva humana, parecían tan ordinarias como aquellas piedras extraídas del Jordán.

Abraham era un hombre sin descendencia cuando recibió la promesa; Moisés era un pastor exiliado en el desierto; David era el menor de sus hermanos; Amós era un recogedor de higos silvestres; Pedro era un pescador de Galilea; Pablo era un perseguidor de la Iglesia. Sin embargo, cuando estos hombres fueron colocados en las manos de Dios, se transformaron en instrumentos mediante los cuales el Reino avanzó poderosamente.

Esta realidad debería producir una profunda esperanza en cada creyente. El Señor no construye Su obra sobre la base de la capacidad humana. No depende de la grandeza natural de las personas. No busca necesariamente a los más fuertes, los más influyentes o los más preparados según los estándares del mundo. Dios se deleita en manifestar Su poder a través de vasos que reconocen su dependencia de Él. Pablo comprendía perfectamente este principio cuando escribió:

"Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros."
2 Corintios 4:7

La gloria pertenece siempre a Dios. Las piedras no producen el río. Las piedras no generan el milagro. Las piedras simplemente ocupan el lugar que el Señor les asigna dentro de Su propósito.

Al observar la historia de la Iglesia descubrimos que este principio se repite constantemente. Cada generación ha sido bendecida por hombres y mujeres que decidieron

colocarse a disposición del Señor. Algunos son ampliamente conocidos. Sus nombres aparecen en libros de historia y sus ministerios dejaron una huella visible. Otros permanecen prácticamente desconocidos para el mundo. Sirvieron en silencio, discipularon a unos pocos creyentes, enseñaron fielmente las Escrituras o sostuvieron la obra de Dios mediante la oración perseverante. Sin embargo, desde la perspectiva del Reino, todos ellos formaron parte de la misma construcción.

La tendencia humana suele concentrarse en las figuras más visibles. Nos impresionan los grandes predicadores, los reformadores, los misioneros pioneros o los líderes que transformaron generaciones enteras. Pero el Señor contempla el cuadro completo. Él ve también a aquellos creyentes anónimos cuya fidelidad permitió que la obra continuara avanzando.

Cuando lleguemos a la eternidad probablemente descubriremos que muchas de las piedras más importantes del Reino fueron personas cuyo nombre nunca apareció en los titulares de la historia. Hombres y mujeres que permanecieron firmes en sus lugares de servicio, sosteniendo silenciosamente el avance del propósito divino.

Esta perspectiva resulta especialmente importante porque vivimos en una cultura que exalta la notoriedad y el reconocimiento. Existe la tentación de medir el valor del servicio cristiano por su visibilidad. Sin embargo, el Reino funciona de manera diferente. Dios no evalúa nuestras vidas

según el tamaño de nuestra plataforma, sino según nuestra fidelidad a Su llamado.

El propio Jesús enseñó este principio cuando habló acerca de los talentos. El elogio del Señor no fue reservado para quienes recibieron más recursos, sino para quienes fueron fieles con aquello que se les había confiado.

La fidelidad constituye una de las piedras fundamentales sobre las cuales Dios construye Su obra. Por esta razón, cada generación enfrenta una responsabilidad solemne. No hemos sido llamados simplemente a admirar las piedras del pasado. Debemos convertirnos en piedras útiles para nuestro propio tiempo.

Es fácil hablar de Abraham, de Moisés, de Pablo o de los grandes hombres de Dios que marcaron la historia de la Iglesia. Resulta inspirador estudiar sus vidas y aprender de su ejemplo. Pero el propósito de esos testimonios no consiste únicamente en despertar admiración. Su propósito es recordarnos que nosotros también hemos sido llamados a participar en el avance del Reino.

Con demasiada frecuencia los creyentes observan la historia de la redención como si fueran espectadores contemplando una gran obra desde las gradas. Admiran lo que Dios hizo mediante otros, pero olvidan que ellos mismos forman parte de la historia que el Señor continúa escribiendo.

La Iglesia no existe para conservar recuerdos, existe para continuar la misión. No somos simplemente herederos de una historia, sino que somos participantes de ella. Esta verdad adquiere una importancia aún mayor cuando comprendemos que cada generación recibe una oportunidad única e irrepetible.

Dios asignó a Abraham su tiempo. Asignó a David el suyo. Asignó a los apóstoles el suyo. Del mismo modo, nos ha colocado en esta generación con sus desafíos particulares, sus oportunidades específicas y sus necesidades espirituales propias.

No podemos vivir de la obediencia de quienes nos precedieron, sino que debemos ofrecer la nuestra. No podemos cumplir la misión que Dios entregó a otra generación, sino que debemos cumplir la que nos ha confiado a nosotros.

Aquí encontramos uno de los aspectos más hermosos de la imagen del río. Las piedras del memorial no fueron tomadas de cualquier lugar. Fueron extraídas precisamente del sitio donde los sacerdotes permanecieron firmes mientras el pueblo cruzaba. Aquellas piedras estuvieron vinculadas directamente con el avance de la nación hacia su destino.

Del mismo modo, las vidas que dejan una huella duradera son aquellas que se colocan en el lugar donde Dios está obrando. Son hombres y mujeres que aceptan el costo de la obediencia, permanecen firmes en medio de las

dificultades y permiten que el propósito divino se desarrolle a través de ellos.

La pregunta que este capítulo plantea no es si admiramos las piedras del pasado. La verdadera pregunta es si estamos dispuestos a convertirnos en piedras útiles dentro del río de Dios que continúa avanzando a través de la historia. Porque el Señor sigue construyendo Su camino, sigue levantando hombres y mujeres, sigue desarrollando Su propósito eterno.

Y quizás, cuando las generaciones futuras miren hacia atrás, descubrirán que Dios utilizó nuestras vidas de la misma manera que utilizó a quienes nos precedieron: como piedras sencillas colocadas en el lugar correcto para que Su pueblo pudiera seguir avanzando.

Al final de cuentas, la grandeza de una piedra no se encuentra en sí misma. Su verdadero valor reside en el propósito para el cual fue tomada y colocada por las manos de Dios. Y no existe privilegio más grande que formar parte de la obra que el Señor continúa edificando hasta el día en que toda la creación reconozca el señorío de Jesucristo.

Capítulo once

EL PELIGRO DE SER REEMPLAZADOS

"Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él."
Mateo 21:43

Pocas verdades resultan tan solemnes en las Escrituras como la posibilidad de perder una oportunidad que Dios ha colocado delante de nosotros. La Biblia está llena de promesas acerca de la fidelidad divina, de la perseverancia del amor de Dios y de Su inmensa paciencia para con los hombres. Sin embargo, junto a estas gloriosas realidades encontramos también una advertencia que atraviesa toda la historia de la redención: Dios continúa avanzando en el cumplimiento de Su propósito aun cuando algunas personas, grupos o generaciones deciden no acompañarlo.

Esta verdad no significa que Dios abandone arbitrariamente a Su pueblo ni que actúe de manera caprichosa. Tampoco implica que Su amor disminuya. Lo

que significa es que el propósito eterno del Reino es demasiado importante como para quedar detenido por la desobediencia humana. El Señor ama a las personas profundamente, pero Su plan no depende de la respuesta de una sola persona. Ama a las generaciones, pero Su propósito no está limitado a una generación específica. Cuando algunos rechazan participar en lo que Él está haciendo, Dios continúa adelante levantando a otros que sí estén dispuestos a responder.

Este principio aparece repetidamente en las Escrituras y debería llevarnos a una profunda reflexión. A menudo hablamos de los privilegios asociados al llamado de Dios, pero dedicamos menos tiempo a considerar la responsabilidad que dicho llamado implica. Toda oportunidad espiritual representa también una decisión. Cada vez que Dios abre una puerta delante de Su pueblo, la obediencia permite avanzar hacia aquello que Él ha preparado, mientras que la indiferencia o la resistencia pueden conducir a la pérdida de esa oportunidad.

La historia de Israel ofrece numerosos ejemplos de esta realidad. Uno de los más evidentes es precisamente el caso de la generación que salió de Egipto. Dios había determinado introducirlos en la tierra prometida. Había manifestado Su poder mediante señales extraordinarias. Había abierto el mar, alimentado al pueblo en el desierto y guiado sus pasos durante años. Sin embargo, cuando llegó el momento de entrar en Canaán, aquella generación eligió creer más en sus temores que en las promesas divinas.

La consecuencia fue dramática. La tierra prometida continuó formando parte del propósito de Dios, pero quienes habían sido llamados inicialmente a poseerla quedaron fuera de ella. El plan del Señor no fue cancelado. Simplemente avanzó mediante una nueva generación.

Este detalle posee una enorme importancia. Muchas veces imaginamos que, si rechazamos el llamado de Dios, el propósito mismo desaparecerá. Pero la historia bíblica demuestra exactamente lo contrario. La obra continúa. El Reino sigue avanzando. Lo que cambia es quiénes participan de ese avance.

Josué y Caleb entraron donde otros quedaron fuera. La nueva generación conquistó lo que la anterior había rechazado. La promesa permaneció porque la fidelidad de Dios permaneció. La misma dinámica aparece en la vida de individuos específicos.

El rey Saúl constituye uno de los ejemplos más conmovedores. Cuando Dios lo levantó para gobernar sobre Israel, le concedió una oportunidad extraordinaria. El Espíritu de Dios vino sobre él. Recibió dirección profética. Fue colocado en una posición de enorme responsabilidad. Sin embargo, poco a poco comenzó a priorizar sus propios criterios por encima de la obediencia al Señor.

La tragedia de Saúl no ocurrió de un día para otro. Fue el resultado de una serie de decisiones en las cuales la autosuficiencia fue reemplazando progresivamente la

dependencia de Dios. Finalmente, el profeta Samuel le declaró:

"Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón."
1 Samuel 13:14

Mientras Saúl continuaba aferrado al trono, Dios ya estaba preparando a David. La obra no se detuvo, el propósito siguió adelante, el Reino continuó avanzando. Lo que cambió fue el hombre a través del cual Dios decidió desarrollarlo.

Esta verdad puede resultar incómoda, pero precisamente por eso necesitamos escucharla. Existe una diferencia entre ser necesarios y ser privilegiados. Ninguno de nosotros es indispensable para el cumplimiento del propósito eterno de Dios. El Señor ha gobernado la historia mucho antes de nuestro nacimiento y continuará haciéndolo después de nuestra partida. Sin embargo, en Su gracia nos concede el extraordinario privilegio de participar en aquello que está haciendo.

Cuando comprendemos esto, desaparece todo espacio para el orgullo espiritual. Nadie puede pensar que la obra de Dios depende exclusivamente de su presencia, de su ministerio o de su capacidad. El Reino pertenece a Cristo. La Iglesia pertenece a Cristo. La misión pertenece a Cristo. Nosotros somos simplemente colaboradores llamados a servir fielmente durante el tiempo que nos ha sido asignado.

Esta perspectiva también nos ayuda a entender algunas de las advertencias más fuertes pronunciadas por Jesús. Entre ellas destaca la dirigida a los líderes religiosos de Su tiempo:

"Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él."
Mateo 21:43

Aquellas palabras no estaban dirigidas a paganos ni a personas alejadas de la verdad. Fueron pronunciadas contra hombres que conocían las Escrituras, que ocupaban posiciones de liderazgo religioso y que consideraban que su lugar dentro del pueblo de Dios estaba garantizado. Sin embargo, habían llegado al punto de resistir la obra que el Señor estaba realizando delante de sus propios ojos.

La tragedia consistía en que estaban tan comprometidos con la preservación de su sistema que fueron incapaces de reconocer al Mesías cuando apareció. El problema no era la falta de información, era la falta de disposición para avanzar con Dios.

Algo semejante puede ocurrir en cualquier generación. Las estructuras que alguna vez fueron útiles pueden convertirse en obstáculos. Las tradiciones que nacieron para servir al propósito de Dios pueden transformarse en fines en sí mismas. Las bendiciones del pasado pueden llegar a ocupar el lugar que corresponde a la dirección presente del Espíritu Santo.

Cuando esto sucede, la Iglesia corre el riesgo de defender aquello que Dios utilizó ayer mientras pierde contacto con aquello que Dios desea hacer hoy.

Quizás uno de los ejemplos más solemnes se encuentra en las cartas dirigidas a las siete iglesias del Apocalipsis. En particular, las palabras dirigidas a la iglesia de Éfeso deberían producir una profunda reflexión en todo creyente y en toda congregación:

"Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete... pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar."
Apocalipsis 2:5

El candelero representaba el testimonio de aquella iglesia. No se trataba simplemente de una advertencia individual, sino de una advertencia corporativa. Una congregación que había trabajado arduamente, que había defendido la sana doctrina y que había perseverado frente a diversas dificultades corría el riesgo de perder su lugar porque había abandonado su primer amor.

La lección es clara. El éxito del pasado no garantiza la fidelidad del presente. Las victorias de ayer no reemplazan la necesidad de obedecer hoy. Cada generación debe responder nuevamente al llamado de Dios.

Esta realidad adquiere una importancia aún mayor cuando pensamos en el contexto actual de la Iglesia. Vivimos

en una época llena de oportunidades extraordinarias para el avance del evangelio. Nunca antes existieron tantas posibilidades para comunicar la verdad bíblica, alcanzar nuevas regiones y formar discípulos. Sin embargo, junto a estas oportunidades también aparecen desafíos que exigen discernimiento, valentía y disposición para avanzar.

La pregunta que debemos hacernos no es simplemente qué hicieron las generaciones anteriores. Tampoco basta con admirar los movimientos de Dios del pasado. La pregunta es si nosotros responderemos fielmente al llamado que el Señor dirige a nuestra generación.

Cada época posee sus propias responsabilidades, cada generación recibe su propia oportunidad, cada creyente debe decidir qué hará con el tiempo que Dios le ha concedido.

Cuando observamos la historia de la Iglesia descubrimos que muchas de las mayores transformaciones ocurrieron porque algunas personas decidieron responder mientras otras permanecían inmóviles. Mientras algunos se conformaban con la situación existente, otros escuchaban el llamado de Dios y avanzaban por fe. Mientras unos se aferraban a la comodidad, otros abrazaban la misión. Mientras algunos protegían sus seguridades, otros aceptaban el costo de la obediencia.

La diferencia no radicaba en el amor de Dios, la diferencia estaba en la respuesta humana. Por esta razón, el peligro de ser reemplazados no debe entenderse como una

amenaza destinada a generar temor, sino como una exhortación destinada a despertar responsabilidad. Dios continúa buscando hombres y mujeres disponibles. Continúa llamando a personas que amen Su presencia más que su comodidad, que valoren Su propósito más que sus preferencias y que estén dispuestas a caminar con Él hacia donde Su Espíritu las conduzca.

El Reino sigue avanzando, la misión sigue vigente, Cristo sigue edificando Su Iglesia. La pregunta es si nosotros seremos parte de esa obra o si observaremos desde la distancia cómo otros ocupan el lugar que se nos había ofrecido.

Al final de la historia, la mayor tragedia no será haber enfrentado dificultades en el camino de la obediencia. La verdadera tragedia será descubrir que Dios nos invitó a participar en algo extraordinario y que preferimos permanecer inmóviles mientras Su propósito continuaba avanzando sin nosotros.

Por eso este capítulo nos invita a mirar nuestras vidas con sinceridad delante del Señor. No para vivir bajo condenación, sino para renovar nuestro compromiso con el llamado que hemos recibido. Porque el Dios que abrió el mar, que condujo a Israel por el desierto, que levantó profetas, que envió a Su Hijo y que derramó Su Espíritu sobre la Iglesia sigue buscando personas dispuestas a caminar con Él.

Capítulo doce

DILE AL PUEBLO QUE MARCHE

"Entonces Jehová dijo a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que marchen."
Éxodo 14:15

Después de recorrer las páginas de la Escritura, contemplar el avance del propósito de Dios a través de la historia y reflexionar sobre la responsabilidad de cada generación delante del Señor, llegamos finalmente al corazón de este libro. Todo cuanto hemos considerado hasta aquí converge en una sola declaración, sencilla en su forma pero inmensa en sus implicancias: ***"Dile al pueblo que marche"***.

Aquella palabra fue pronunciada en uno de los momentos más críticos de la historia de Israel. El pueblo se encontraba atrapado entre el mar y el ejército egipcio. Delante había un obstáculo aparentemente imposible de atravesar. Detrás se acercaban las fuerzas que durante siglos los habían mantenido bajo esclavitud. El miedo dominaba el

ambiente. La incertidumbre se extendía entre las familias. La situación parecía no ofrecer salida alguna.

Sin embargo, mientras los hombres contemplaban el problema, Dios contemplaba el propósito. Mientras el pueblo veía un final, el Señor veía un comienzo. Mientras Israel observaba un obstáculo, Dios veía una oportunidad para manifestar Su gloria.

La diferencia entre ambas perspectivas resulta fundamental. El temor siempre concentra su atención en aquello que amenaza el presente. La fe, en cambio, contempla la realidad a la luz del propósito eterno de Dios. Por eso el mandato divino no estuvo orientado a alimentar la preocupación del pueblo, sino a dirigirlo hacia la obediencia.

"Di a los hijos de Israel que marchen". Aquella orden no solamente resolvía una situación puntual. Revelaba un principio que atraviesa toda la historia de la redención. Dios jamás llamó a Su pueblo a permanecer inmóvil. Desde el momento en que pronunció Su llamado sobre Abraham hasta la expansión global del evangelio anunciada en el Nuevo Testamento, encontramos al Señor conduciendo constantemente a Su pueblo hacia adelante.

Abraham tuvo que salir de su tierra; Moisés tuvo que regresar a Egipto; Josué tuvo que cruzar el Jordán; David tuvo que enfrentar a Goliat; Los profetas tuvieron que proclamar la verdad en medio de generaciones rebeldes; los apóstoles tuvieron que llevar el evangelio hasta los confines

del mundo conocido. En cada caso observamos el mismo patrón. Dios habla. Dios llama. Dios dirige. Y luego espera una respuesta de obediencia.

A lo largo de este libro hemos visto que el problema más grave nunca fue la falta de dirección divina. Dios habló a Israel en el desierto. Habló a través de los profetas. Habló mediante Su Hijo. Habló por medio de los apóstoles. La dificultad siempre apareció cuando los hombres debieron decidir si avanzarían conforme a esa palabra o si permanecerían aferrados a sus temores, sus tradiciones o sus comodidades.

La generación de Cades-Barnea constituye una advertencia permanente. Estuvieron a las puertas de la tierra prometida y, sin embargo, eligieron el desierto. No porque la promesa hubiera fallado, sino porque el temor resultó más fuerte que la confianza. Aquella generación nos recuerda que es posible experimentar grandes bendiciones espirituales y aun así perder oportunidades extraordinarias por negarnos a avanzar cuando Dios lo ordena.

También hemos observado que el Señor desarrolla Su propósito de manera progresiva. Desde Génesis hasta Apocalipsis contemplamos un Dios que avanza en la revelación de Su plan. No cambia Su naturaleza ni modifica Su carácter, pero conduce la historia hacia el cumplimiento de Su voluntad. Cada etapa prepara el camino para la siguiente. Cada generación recibe la responsabilidad de participar en ese avance.

Por esa razón aprendimos que honrar el pasado no significa vivir en él. Los hombres y mujeres que nos precedieron constituyen una herencia invaluable. Debemos agradecer por los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los reformadores, los misioneros y todos aquellos que caminaron fielmente delante del Señor. Pero la verdadera honra no consiste en construir monumentos alrededor de sus experiencias. La verdadera honra consiste en manifestar la misma fe, la misma obediencia y la misma pasión por el propósito de Dios que ellos demostraron en su tiempo.

Del mismo modo, comprendimos que el poder nunca estuvo en la vara. Las herramientas cambian. Los métodos cambian. Las circunstancias cambian. Pero el Espíritu Santo permanece. Las grandes obras de Dios jamás fueron el resultado de fórmulas humanas. Fueron el fruto de hombres y mujeres que aprendieron a depender de la presencia divina.

También vimos que el libro de los Hechos no representa simplemente un capítulo cerrado de la historia cristiana. El mismo Espíritu que descendió en Pentecostés continúa obrando en la Iglesia. Cristo sigue edificando Su pueblo. El evangelio sigue transformando vidas. El Reino continúa extendiéndose entre las naciones. La misión no terminó con los apóstoles. Nosotros somos parte de esa misma historia.

Asimismo, la epístola a los Hebreos nos recordó que no hemos sido llamados a retroceder. Cristo es la plenitud del propósito de Dios. No existe nada detrás de Él que pueda

ofrecernos una esperanza superior. El llamado de Dios siempre apunta hacia una comprensión más profunda de Su Hijo y hacia una participación más plena en Su Reino.

Finalmente, consideramos nuestra responsabilidad generacional. Dios sigue levantando piedras en el río de Su propósito. Sigue buscando hombres y mujeres dispuestos a ocupar el lugar que les corresponde dentro de Su plan. La historia demuestra que quienes rechazan esa oportunidad terminan siendo reemplazados por otros que sí responden al llamado divino.

Todo esto nos conduce nuevamente al borde del Mar Rojo. No porque estemos allí físicamente, sino porque cada generación enfrenta su propio momento de decisión.

La Iglesia contemporánea se encuentra delante de enormes desafíos. Vivimos en una época marcada por cambios culturales acelerados, profundas transformaciones sociales y una creciente confusión espiritual. Muchas voces compiten por la atención de las personas. Las ideologías se multiplican. La verdad es cuestionada. El evangelio enfrenta oposición en distintos niveles. Frente a este escenario, algunos sienten temor. Otros se sienten tentados a refugiarse en la nostalgia. Algunos buscan seguridad en modelos del pasado. Otros prefieren la comodidad de la inmovilidad.

Sin embargo, la voz de Dios continúa siendo la misma: “Marchen”. No porque ignore las dificultades, no porque desconozca los desafíos, no porque minimice los obstáculos,

sino porque Su propósito sigue avanzando. El Reino continúa avanzando. Cristo continúa reinando. El Espíritu Santo continúa obrando. La Iglesia continúa siendo la esperanza visible de Dios para un mundo que necesita desesperadamente escuchar el evangelio.

Tenemos la Palabra de Dios en nuestras manos, tenemos el testimonio de las generaciones que nos precedieron, tenemos la presencia del Espíritu Santo habitando en nosotros, tenemos el evangelio que sigue siendo poder de Dios para salvación, tenemos la promesa de que Cristo edificará Su Iglesia, tenemos la certeza de que el Reino de Dios prevalecerá sobre todos los reinos de este mundo.

Por lo tanto, ¿qué excusa podría justificar nuestra inmovilidad? No podemos decir que carecemos de dirección, porque Dios ha hablado. No podemos decir que carecemos de recursos espirituales, porque el Espíritu ha sido derramado sobre la Iglesia. No podemos decir que carecemos de ejemplos, porque la historia está llena de hombres y mujeres que caminaron antes que nosotros. No podemos decir que carecemos de una misión, porque la Gran Comisión continúa vigente.

La realidad es que hemos recibido más luz, más revelación y más oportunidades que muchas de las generaciones anteriores. Y precisamente por eso también hemos recibido una mayor responsabilidad.

Quizás la necesidad más urgente de nuestra generación no sea una nueva estrategia, una nueva estructura o una nueva metodología. Quizás lo que necesitamos sea escuchar nuevamente la voz de Dios llamándonos a salir de la pasividad, abandonar nuestros temores y caminar por fe hacia aquello que Él ha preparado para nosotros.

Porque el Reino no avanza mediante espectadores, avanza mediante discípulos. No avanza mediante observadores, avanza mediante obreros. No avanza mediante personas que admiran la historia, avanza mediante personas que deciden formar parte de ella.

La pregunta que este libro plantea finalmente no es qué hicieron las generaciones anteriores. Tampoco es qué obstáculos enfrentamos en el presente. La verdadera pregunta es qué haremos nosotros con el llamado que hemos recibido.

Dentro de algunos años, otros creyentes mirarán hacia atrás y evaluarán esta etapa de la historia de la Iglesia. Observarán nuestros desafíos, nuestras oportunidades y nuestras decisiones. Y quizás se preguntarán si fuimos una generación que avanzó con Dios o una generación que prefirió permanecer inmóvil mientras Su propósito continuaba desarrollándose.

Mi oración es que podamos responder como Josué y Caleb, como los apóstoles, como los reformadores y como tantos hombres y mujeres de Dios a lo largo de la historia. Que podamos mirar más allá de los obstáculos, más allá de

los gigantes, más allá de las incertidumbres propias de nuestro tiempo, y fijar nuestros ojos en la fidelidad de Aquel que nos llamó.

Porque el mismo Dios que abrió el Mar Rojo sigue reinando. El mismo Dios que condujo a Israel sigue guiando a Su pueblo. El mismo Cristo que resucitó de entre los muertos sigue edificando Su Iglesia. Y el mismo Espíritu Santo que impulsó a los creyentes del primer siglo continúa obrando hoy.

Por eso, mientras el Reino siga avanzando y la misión continúe vigente, la palabra de Dios para Su Iglesia seguirá siendo la misma: ***"Dile al pueblo que marche"***.

CONCLUSIÓN

"El mar no se abrirá hasta que demos el paso"

"Entonces Jehová dijo a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que marchen."
Éxodo 14:15

Al llegar al final de este libro, volvemos al mismo lugar donde comenzó nuestro recorrido: las orillas del Mar Rojo. Allí se encontraba Israel, una nación recién liberada, contemplando un escenario que parecía imposible. Detrás se acercaban los carros de Faraón. Delante se extendían las aguas. A ambos lados se levantaban obstáculos que limitaban cualquier posibilidad de escape. Humanamente hablando, la situación era desesperante. Sin embargo, lo que para el pueblo representaba un final, para Dios constituía el comienzo de una nueva etapa.

A lo largo de estas páginas hemos visto que aquella escena no fue un episodio aislado dentro de la historia bíblica. En realidad, representa una imagen permanente de la relación entre Dios y Su pueblo. Una y otra vez encontramos generaciones enfrentadas a momentos decisivos en los cuales debieron elegir entre avanzar por fe o retroceder por temor. Una y otra vez observamos al Señor llamando a los hombres a caminar más allá de sus limitaciones, sus seguridades y sus experiencias anteriores.

La historia de la redención es la historia de un Dios que avanza. Avanzó cuando llamó a Abraham a salir de su tierra, avanzó cuando liberó a Israel de Egipto, avanzó cuando introdujo a Su pueblo en la tierra prometida, avanzó cuando levantó profetas para anunciar Su voluntad, avanzó cuando envió a Su Hijo al mundo, avanzó cuando derramó Su Espíritu sobre la Iglesia.

Avanza hoy mientras el evangelio continúa extendiéndose entre las naciones, y avanzará hasta el día glorioso en que Jesucristo regrese para establecer plenamente Su Reino. Nada ha logrado detener Su propósito, ni los imperios de la antigüedad, ni la rebelión humana, ni la oposición religiosa, ni las persecuciones, ni las crisis de la historia.

El Reino continúa avanzando porque su Rey continúa reinando. Esta verdad debería llenar nuestros corazones de esperanza. Vivimos en tiempos complejos. Observamos cambios acelerados, confusión moral, creciente indiferencia espiritual y desafíos que parecen multiplicarse constantemente. Sin embargo, ninguna de estas realidades altera la soberanía de Dios ni modifica Su propósito eterno. Cristo sigue siendo Señor. La Iglesia sigue siendo Su cuerpo. El evangelio sigue siendo poder de Dios para salvación.

Por eso, la pregunta más importante no es qué está ocurriendo en el mundo. La pregunta más importante es cómo responderemos nosotros al llamado de Dios en medio de este tiempo.

Quizás algunos lectores hayan llegado hasta aquí cargando temores similares a los que enfrentó Israel junto al mar. Tal vez observan los desafíos de la época y sienten incertidumbre. Quizás contemplan la magnitud de la tarea y se preguntan si realmente es posible avanzar. Tal vez algunos se sienten tentados a refugiarse en recuerdos del pasado, mientras otros han caído en la comodidad que produce la rutina espiritual.

Si ese es el caso, el mensaje del Señor continúa siendo el mismo: ¡Marchemos! No porque el camino sea fácil, no porque todos los obstáculos hayan desaparecido, no porque existan garantías humanas de éxito, sino porque Dios permanece fiel.

A lo largo del libro hemos aprendido que las mayores tragedias espirituales no ocurrieron cuando el pueblo de Dios enfrentó enemigos poderosos. Ocurrieron cuando decidió detenerse. La generación de Cades-Barnea no murió en el desierto por falta de promesas. Murió porque no creyó las promesas que había recibido. Los líderes religiosos del tiempo de Jesús no tropezaron por falta de Escrituras. Tropezaron porque se aferraron a las sombras cuando la realidad se encontraba delante de ellos.

La historia demuestra que el mayor peligro para la Iglesia nunca ha sido el tamaño de los gigantes, sino la tentación de permanecer inmóvil.

Sin embargo, también hemos visto una verdad gloriosa. Dios sigue levantando hombres y mujeres dispuestos a responder. Sigue buscando corazones sensibles a Su voz. Sigue llamando a creyentes que amen Su propósito más que su comodidad y Su voluntad más que sus preferencias.

La pregunta no es si Dios continuará obrando. La pregunta es si nosotros participaremos de aquello que Él está haciendo.

Pienso nuevamente en aquella escena junto al Mar Rojo. Es interesante observar que Dios no respondió a la crisis de Israel de la manera que muchos habríamos esperado. No les entregó una nueva revelación. No les dio una nueva promesa. No les mostró una nueva señal. No cambió el plan. Simplemente les dijo: ¡Marchen!

Cuanto más medito en este pasaje, más convencido estoy de que esta es una de las palabras más necesarias para la Iglesia de nuestro tiempo. No necesitamos otro evangelio, no necesitamos una nueva cruz, no necesitamos otro Espíritu Santo, no necesitamos una nueva verdad, no necesitamos una nueva comisión. Ya hemos recibido todo lo necesario en Cristo.

Tenemos la Palabra, tenemos el Espíritu Santo, tenemos las promesas, tenemos la herencia de la fe, tenemos el ejemplo de quienes caminaron antes que nosotros, tenemos la presencia del Señor acompañándonos cada día hasta el fin

del mundo. Lo que muchas veces falta no es una nueva revelación, solo falta la decisión de avanzar.

Quizás una de las lecciones más profundas del relato del Mar Rojo es que las aguas no se abrieron mientras el pueblo discutía. No se abrieron mientras analizaban sus posibilidades. No se abrieron mientras recordaban Egipto. No se abrieron mientras contemplaban el tamaño del problema. Las aguas se abrieron cuando llegó el momento de obedecer, y este principio continúa siendo válido hoy.

Existen puertas que solamente se abren cuando damos el paso de fe. Existen experiencias que solamente se conocen caminando en obediencia. Existen dimensiones del propósito de Dios que no pueden contemplarse desde la seguridad de la orilla.

El mar no se abre para quienes observan, se abre para quienes avanzan. Quizás el Señor ha estado llamando a algunos a servirle con mayor entrega. Tal vez ha estado despertando en otros una carga por la evangelización, el discipulado o las misiones. Quizás está invitando a iglesias enteras a salir de la comodidad y recuperar el impulso de la Gran Comisión. Sea cual sea la aplicación particular, el principio permanece inalterable: ¡Dios sigue llamando a Su pueblo a marchar!

No sabemos cuánto tiempo queda antes del regreso de Cristo. No conocemos todos los acontecimientos que aún deben desarrollarse en la historia. Pero sí sabemos algo con

absoluta certeza: esta generación posee una responsabilidad que ninguna otra puede asumir en su lugar.

Nos ha tocado vivir este tiempo, nos ha tocado enfrentar estos desafíos, nos ha tocado anunciar a Cristo en medio de esta cultura, nos ha tocado servir al Señor en esta hora de la historia, y algún día entregaremos cuentas de lo que hicimos con ese privilegio.

Mi deseo es que cuando ese día llegue podamos mirar hacia atrás sin arrepentimientos. Que no seamos recordados como una generación que observó desde la orilla mientras otros avanzaban. Que no seamos hallados aferrándonos al pasado mientras Dios abría caminos hacia el futuro. Que no seamos contados entre aquellos que retrocedieron cuando el Señor los llamaba a caminar.

Que seamos una generación que creyó, una generación que obedeció, una generación que avanzó, una generación que comprendió que el Reino de Dios continúa moviéndose a través de la historia y decidió caminar con Él.

Porque al final de todo, cuando las voces de nuestra época se hayan apagado, cuando las estructuras humanas hayan desaparecido y cuando la historia llegue a su culminación, solamente una cosa tendrá verdadero valor: haber caminado con Dios y haber participado fielmente en Su propósito eterno.

El mar sigue delante de nosotros, la misión continúa vigente, el Reino sigue avanzando, y la voz de Dios sigue resonando sobre Su Iglesia: ¡Dile al pueblo que marche!

"Pon tu esperanza en el Señor
y marcha con paso firme por su camino.
Él te honrará al darte la tierra…"
Salmo 37:34 NTV

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.
Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.
Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto…”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”

Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Osvaldo Rebolleda

El Pastor y maestro Osvaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

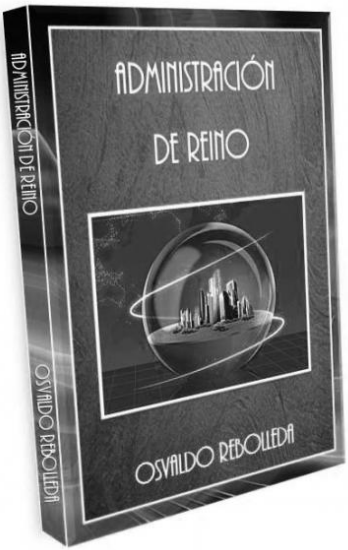
El maestro Osvaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.

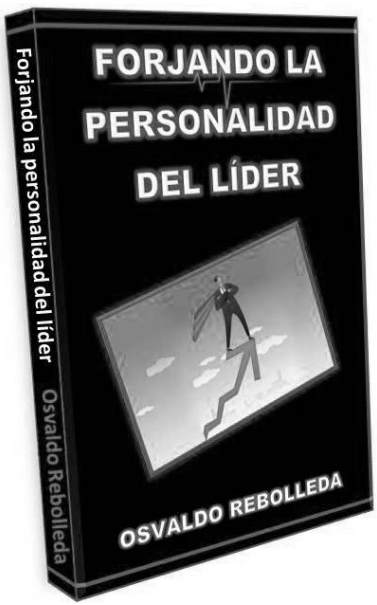
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

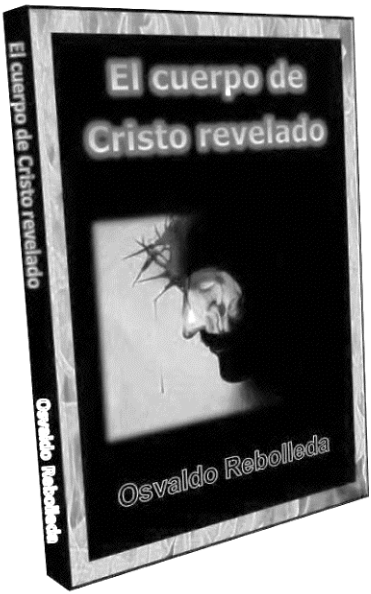
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

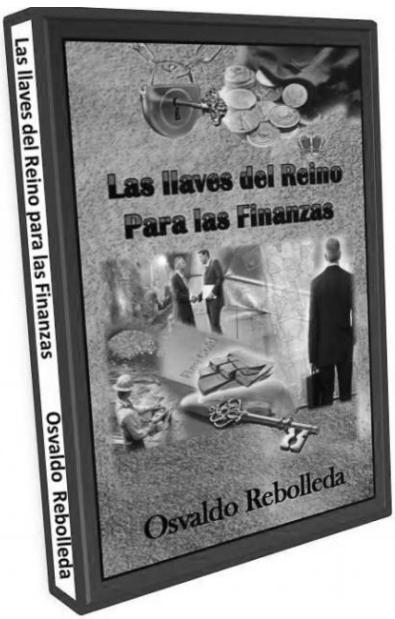


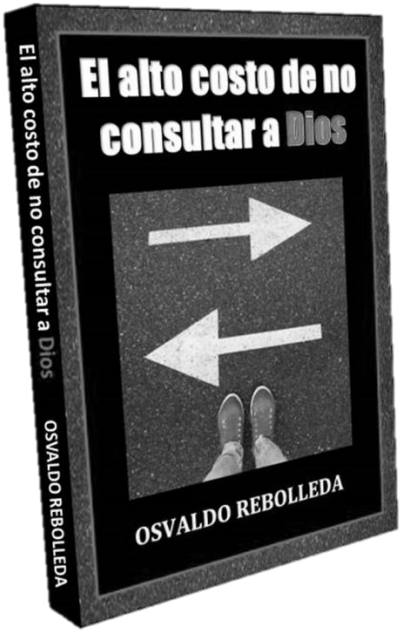
www.osvaldorebolleda.com



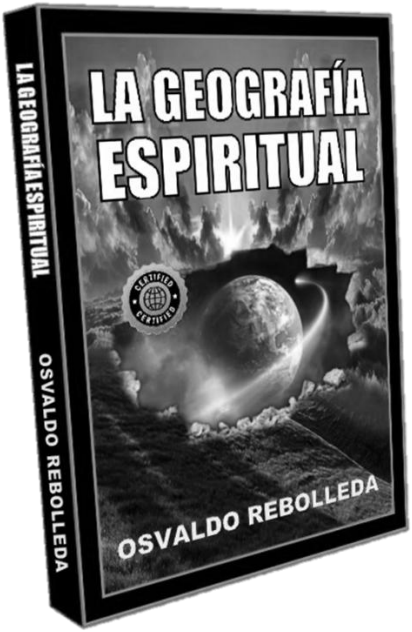


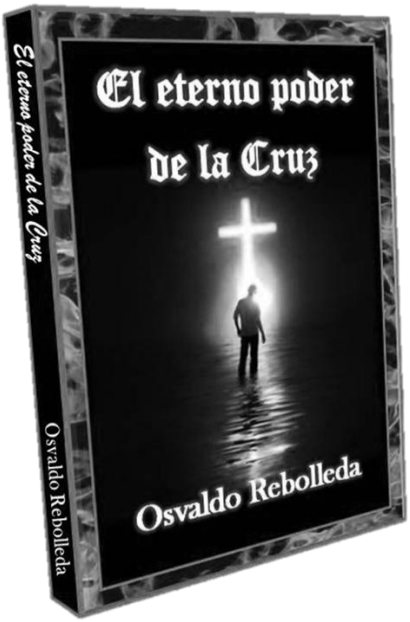
www.osvaldorebolleda.com

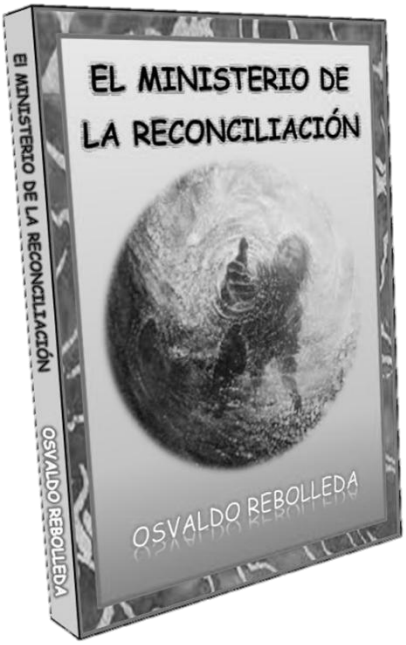


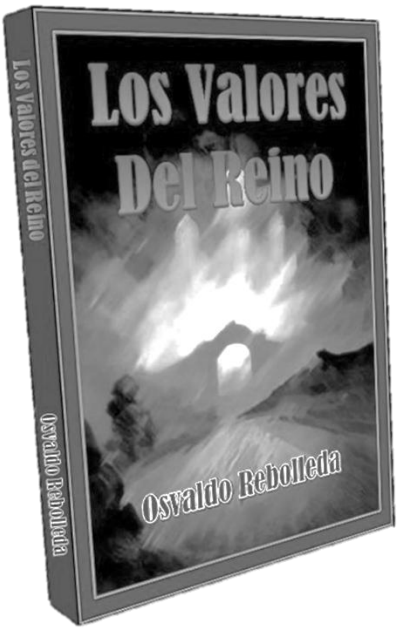
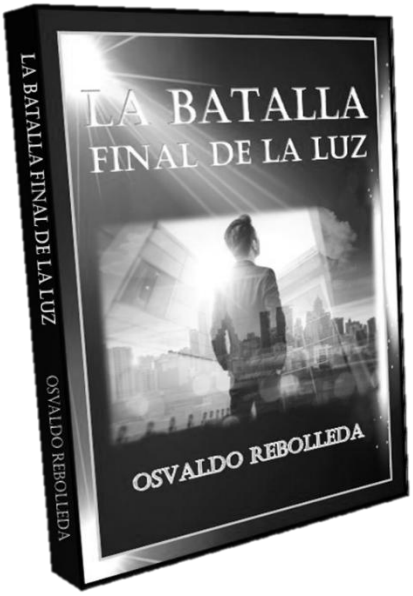


www.osvaldorebolleda.com









www.osvaldorebolleda.com